

EL PERIODICO PARA TODOS

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, CAUSAS CÉLEBRES, CHISTES, ETC., ETC.

SEMANARIO ILUSTRADO

ESCRITO

POR D. M. FERNANDEZ Y GONZALEZ, D. R. ORTEGA Y FRIAS Y D. T. TARRAGO Y MATEOS.

PRECIO EN MADRID.

Un real cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE REPARTE UN NÚMERO SEMANAL.

PRECIO EN AMÉRICA, DOS REALES EL NÚMERO.

Se suscribe en Madrid, Provincias y América en todas las librerías, ó bien dirigiéndose a su Editor D. JESUS GRACIA, Encomienda, 19, principal, Madrid.

PRECIO EN PROVINCIAS.

Real y medio cada semana, pagado en el acto de recibir el número.

SE LLEVA A DOMICILIO.

EL REY DEL PUÑAL



—Doña Constanza se alzó indignada de los pies del rey (pág. 35).

JESUS GRA
MADRID

SUMARIO.

TEXTO.—El Rey del puñal, novela por don Manuel Fernandez y Gonzalez. — Sensibilidad y sensibleria, por doña María del Pilar Sinués de Marco. — Honor de esposa y corazón de madre, novela por don Ramon Ortega y Frias. — Sección de America. — Ausencias causan olvido, novela por don Torcuato Tárrega y Mateos. — Reseña histórica de la torre de la catedral de Sevilla (vulgo Giralda), por J. Guichot. — Historia de la insurrección carlista de 1872, por D. Ramon Ortega y Frias. — Causas célebres. — Sección festiva.

GRABADOS.—El Rey del puñal. — Retrato del duque de la Torre, general en jefe del ejército de operaciones. — Retrato de don Eustaquio Díaz de Rada, general carlista. — Tipos del Rastro.

EL REY DEL PUÑAL.

NOVELA HISTORICA

POR D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LIBRO PRIMERO.

EL REY DE MALLORCA.

(Continuación.)

—Doña Constanza, según se dice, —constestó el religioso, —ha huido con su hijo hace tres noches de la torre Nueva.

—¿Y creéis en esa fuga, don Lotario? —preguntó con ansiedad la reina, que no era otra, para empezar á desvanecer los misterios de este relato, que doña Leonor de Castilla, hermana del rey don Alonso el Onceno de Castilla y de Leon, viuda del rey de Aragon don Alfonso II el Benigno, y madrestra del rey don Pedro IV de Aragon.

De la misma manera, no era otro el joven caballero que el infante don Fernando, marques de Tortosa, hijo mayor de Alfonso II y de doña Leonor, y por consecuencia hermano de padre del rey don Pedro.

Antes de pasar adelante, digamos quien era este joven rey, y para ello copiemos el retrato que de él hace el cronista aragonés Jerónimo Zurita, cuya autoridad nadie puede poner en duda.

«Fue la condicion del rey don Pedro y su naturaleza tan perversa é inclinada al mal, que en ninguna se señaló tanto ni puso mayor fuerza como en perseguir su propia sangre.

El comienzo de su reinado tuvo principio en desheredar á los infantes don Fernando y don Juan, sus hermanos, y á la reina doña Leonor, su madre, por una causa ni muy legítima ni tampoco honesta, y procuró cuanto pudo destruirlos.

Y cuando aquello no se pudo acabar por irle á la mano el rey de Castilla (Alonso el Onceno), que tomó á su cargo la defensa de la reina, su hermana, y de su sobrino y de sus Estados, revolvió de tal manera contra el rey de Mallorca, que no paró, con serle tan dando su cuñado, hasta que aquel principe se perdió.

Y él incorporó el reino de Mallorca y los condados de Rosellon y Cerdeña en su corona.

Apenas habia acabado de echar del Rosellon al rey de Mallorca, y ya trataba como pudiese volver á su antigua contienda de deshacer las donaciones que el rey su padre hizo á sus hermanos.

Y porque era peligroso intentar lo comenzado contra los infantes don Fernando y don Juan, y era romper de nuevo guerra con el rey de Castilla, determinó haberla con el infante don Jaime, su hermano, y contra el se indignó cuanto yo conjeturo por particular odio que contra él concibió, sospechando que se inclinaba á favorecer al rey de Mallorca; porque es cierto que ninguno creyó, ni aun

de los que eran sus enemigos, que el rey usara de tanto rigor en desheredarle de su patrimonio tan inhumanamente.»

Nos detene mos aquí, porque si continuáramos privariáramos en gran parte de su interés los acontecimientos que se sucederán en el discurso de esta novela.

Baste el fragmento de retrato que el cronista aragonés hizo del terrible rey don Pedro IV para que nuestros lectores vayan tomándole el sabor.

Continuemos.

**

No porque las penas nos devoren el corazón y nos encontremos rodeados de grandes peligros debamosol vidarnos de nuestra subsistencia.

Esto lo comprendieron nuestros personajes. Invitaron al abad de San Pablo, don Lotario, á que los acompañase, y se pusieron á comer de los suculentos y exquisitos manjares que les habia servido Yañez Pedraza, que así se llamaba el hostelero de los peregrinos del Santo Apóstol.

El abad, como santo varon que tenía la conciencia tranquila; mosen Ferran de Ferrandez, camarero antiguo de la reina doña Leonor, que la habia acompañado en todas sus vicisitudes, como hombre viejo y de mundo que sabe que un buen alimento ayuda á las buenas ideas y áun las produce, comían con muy buen talante.

Pero la reina doña Leonor, el infante don Fernando su hijo, y doña Maria Ben-Ismaïl-ben-Ferag, que así se llamaba la joven rubia, de la cual tendremos ocasion de ocuparnos principalisimamente más adelante, apenas si gustaban de los manjares.

La reina doña Leonor aparecia ceñuda y sombría.

El infante don Fernando, contrariado y distraído, fijando con insistencia de tiempo en tiempo su mirada en doña Maria, que aparecia pensativa y triste, y que de tiempo en tiempo fijaba una mirada tímida, pero ardiente, en el infante.

**

—Lo que sucede es horrible, —dijo el abad, —y bien es menester todo nuestro ingenio y toda nuestra fuerza para libertar á esos desgraciados; en balde, señora, vuestro noble hermano el rey de Castilla está con un poderoso ejército sobre las fronteras de Aragon amenazando á Zaragoza. El rey don Pedro ha traído á ella lo mejor de sus almogavares, y amparado de la fortaleza de la ciudad desafia á vuestro hermano que, prudente siempre como buen capitán, no se atreva á aventurarse en el cerco de Zaragoza, que podría serle funesto y precipitar la maldad del rey don Pedro contra su desgraciada hermana y su inocente sobrino. Necesario era valerse de la astucia, y por eso os he enviado yo mis correos á Tolosa, advirtiéndoo del gran aprieto en que se encuentran la desgraciada doña Constanza, y del peligro en que se halla, por salvarla á ella y á su hijo, el desventurado rey de Mallorca don Jaime.

—Pero esto no puede consentirlo Dios, —dijo la reina doña Leonor; —no le bastaba á ese malvado haber roto con su puñal el testamento de su padre el rey, mi marido, que Dios tenga en su seno; no le bastaba habernos robado nuestra herencia á mi y á mis hijos, haber arrojado sobre mi la infamia y la calumnia, suponiendo que esta desventurada niña que me acompaña, y cuya historia vos conocéis, es mi hija, la hija del adulterio; vos conocéis su historia, padre; vos sabéis de dónde ella viene; vos sabéis cuán miserable, cuán horrible es la calumnia de que ese vil y traidor don Pedro se ha valido para arrebatarme las villas y lugares de que me dejó señora su padre. ¿Y qué pretexto tenía para robar de la misma manera

á mis hijos, á sus hermanos, los infantazgos que les dejó su padre, sino que favorecían á su pobre madre y la ayudaban? ¡Oh! esta es la obra de la maldad más odiosa; esto es provocar las iras del Señor, que por desgracia tardan en resplandecer.

La joven doña Maria se habia conmovido con el vehemente discurso de la reina, y de sus ojos corrían las lágrimas.

Habia cesado de comer.

El infante don Fernando la miraba de una manera intensa.

Con un amor infinito.

Ferran de Ferrandez aparecia como quien contiene su irritacion.

Comia, así pudiera decirse, con rabia, y menudeaba los tragos.

En cuanto al abad, aparecia dentro de una profunda calma, de la calma del valor y de la prudencia.

—Olvidémonos de nosotros mismos, —dijo la reina, —y pensemos en los que son más desgraciados que nosotros, en esa triste doña Constanza, de la cual está apoderada esa fiera, y de ese pobre rey don Jaime, que por su esposa y por su hijo se ha atrevido á meterse en la caverna del leon.

—Le amparan los monjes de San Pablo, —dijo el abad; —pero en la situacion en que se encuentra, un acontecimiento cualquiera puede perderle; por eso os he avisado, señora y reina mia; en Aragon no encuentro de quien fiarme; se está cumpliendo el antiguo proverbio que dice: *A rey muerto rey puesto*. Los mismos que aún no hace mucho tiempo juraban y perjuraban al rey vuestro esposo una lealtad sin límites hasta la sangre, hoy se vuelven al rey imperante y se olvidan de la esposa y de los hijos de aquel su antiguo señor, á quien juraron velar por los suyos hasta perder la vida y la hacienda: á los unos les deslumbran las atrevidas empresas del rey, en las cuales encuentran su acrecentamiento, y á los otros los halaga con dádivas y promesas el astuto don Pedro, tan hábil para la traicion como fiero y ambicioso para la conquista. Solos nosotros los monjes de San Pablo de Zaragoza hemos permanecido leales á la viuda y á los hijos del difunto rey, al cual afirmé yo en suagonia defenderíamos á todo cuanto nuestro poder alcanzase. Pero para esto nos vemos obligados á encubrirnos, á mentir, á confiar á ese receloso rey, y con tan buena fortuna, que él me cree uno de sus mejores vasallos, uno de los hombres más apegados á su persona. No hay secreto suyo que él no me confie, y sus secretos son horribles; despegan, cuando so los oye, las carnes de los huesos. ¡Ah! ese hombre no es una criatura humana; es una bestia brava, sedienta de oro y de sangre, para el cual no existe ningún vínculo, ningún impedimento, por sagrado que sea; su horrible amor....

El monje se detuvo y miró á doña Maria como no atreviéndose á continuar lo que debia decir delante de una virgen inocente y pura.

El semblante de doña Maria se habia enrojecido como por instinto al escuchar las últimas palabras del religioso, y sus hermosos ojos, que antes le miraban de una manera serena, se bajaron como temerosos de comprender lo que faltaba á las palabras del abad en la expresion de su semblante.

**

El abad continuó:

—Merced á la audacia con que el rey me hace conocer todos sus proyectos, aún los más infames, yo estaba en el secreto de una traicion indigna, del intento de un pecado abominable.

Y sin embargo, escuchaba al rey tranquilo como sometido á su poder, como avaro de sus favores, como si por una codicia vil hubiese vendido mi cuerpo y mi alma á Satanás.

Ya sabéis, señora, que la infeliz doña Constanza, no llegando ni aun á imaginar la maldad de su hermano, cuando vió vencido á su esposo, despojado, por fuerza de armas y por traición de sus propios vasallos comprados por don Pedro, hasta del último pedazo de su reino; fugitiva, errante, miserable, hambrienta, desesperada, impulsada por su amor lo arrostró todo y se vino á Tarazona, donde el rey se encontraba, y se arrojó á sus piés llorando con su pequeño hijo en los brazos, esperando conmover aquel corazón de roca.

Don Pedro la escuchó conmovido por una pasión maldita, y la dejó oír una proposición infame.

Don Jaime podía volver á ser rey de Mallorca, del Rosellon, de la Cerdaña, pero.... El abad se detuvo de nuevo.

Doña Maria continuaba con los ojos bajos, con las hermosas mejillas cubiertas por un encendido rubor.

El abad continuó:

—Doña Constanza se alzó indignada de los piés del rey.

Le hizo sentir todo su horror y todo su desprecio, y el rey la rodeó de guardas, la encerró á Zaragoza y mandó la encerrasen en la torre Nueva como reo de alta traición.

Pero esto era ya demasiado.

Se trataba de su hermana, de su hermana menor, de la esposa de un rey sin ventura, de la madre de un niño desheredado aun en la cuna, y aun los más apegados al rey murmuraron.

Don Pedro vió que habia ido demasiado lejos; que todo, hasta la tiranía, tiene sus límites, y que podía suceder muy bien que los serviles caballeros que le ayudaban, si es que se puede llamar caballero á quien se olvida de su conciencia por la vanidad y la codicia, podían temer por sí mismos y volverse contra él al ver que nada respetaba, ni aun la orfandad y la desventura de su propia hermana.

Mantenerla en su poder le pareció imprudente.

Devolverla la libertad le era de todo punto imposible.

Habia que buscar un medio, y Satanás se lo inspiró.

Dobía aparecer como que la reina de Mallorca se habia fugado.

Que el secreto más profundo debía envolver la permanencia de la infeliz doña Constanza en las manos del rey.

Don Pedro tiene para sus crímenes secretos, que procura velar con la apariencia de la justicia, un verdugo á quien nadie conoce y un escribano que parece abortado por el infierno.

Tiene además un agonizante que ante nada se estremece y que prepara á la muerte en nombre de Dios y de una manera sacrilega á aquel á quien el rey sacrifica secretamente á su ambición, á su odio ó á su venganza.

El rey don Pedro, capaz de todo, cree sin embargo en Dios.

Aunque esto deba parecer extraordinariamente extraño, cuando tiene tiempo y ocasión para ello no privará de los auxilios espirituales á sus víctimas.

Pero para su último delito no fió en su agonizante.

Me llamó y me dijo:

—Reverend padre Lotario, necesito de vos.

—¿Y qué podré mandaros mi rey y mi señor,—le dije,—que yo no obedezca gustoso?

—Vos sabéis lo que en mi corazón pasa, padre Lotario,—me dijo el rey;—á pesar de mi voluntad, yo no he podido curarme de esta pasión que me abrasa el alma; ella lo es todo para mí; por ella daría yo sin pena mi corona de Aragón, mi condado de Barcelona, mi conquista de Mallorca, del Rosellon y de la Cerdaña.

Parecía como que el abad se habia olvidado de que le oía una virgen.

Doña Maria habia acabado por apoyar su frente en su mano que cubria sus ojos.

Parecía como que no queria oír y se estremecía de tiempo en tiempo.

El abad continuó:

—Yo,—me dijo el rey,—no puedo mantenerla en mi poder; se murmura de mí, y yo no soy bastante fuerte para cortar todas las lenguas que murmuran; me veo obligado á acabar de una vez. No quierodarla la libertad, porque la perdería, ni quiero que por más tiempo se me vea apoderado de ella.

—Y bien, señor,—le dije;—¿puedo yo servirlo?

—Sí,—me dijo el rey,—es necesario; prefiero el horror de la muerte de mi hermana al escándalo que se ha apoderado de esos miserables que me sirven.

Yo me estremeci todo.

Aquello era demasiado.

Yo no podía sostener mi ficción.

Se me obligaba al fin á un crimen.

Yo habia previsto esto.

Pero por fortuna el tremendo caso no habia llegado aún.

—Pensad en Dios, señor,—le dije.

—¿Vos también!—exclamó con amargura el rey;—pero tranquilizaos, padre; no se trata de que doña Constanza muera, sino de que aparezca fugada. Yo sé quien es ella, yo conozco bien á doña Constanza; ella no come ni bebe ni da de comer ni de beber á su hijo sino cuando el mismo cocinero que la sirve come y bebe ántes. Considerad que yo no he podido encontrar un hombre que se atreva á comer y á beber de aquello en que él mismo habia puesto un cuerpo extraño, por más que se le diga y se le asegure que no se trata de un veneno sino de un narcótico; á nadie se le compra su propia vida con dinero, á no ser un desesperado que se sacrifique por su familia, y yo no he encontrado en todo mi reino un hombre capaz de una tal virtud. Así, pues, he pensado en otro medio; el hacer caer sobre mi hermana la pena de los traidores, pena aparente; ella tomará sin vacilar un veneno, porque tomándole tendrá la seguridad de la protección de la muerte; un cadáver es inviolable; el alma ha partido ya del cuerpo, y la criatura es el alma; contra un cadáver todo es impotente; aceptará la muerte con la frente alta, sin palidecer y sin temblar. Y ella me ha sido traidora, sí; ella ha lanzado á la rebeldía á su marido don Jaime, á quien domina, que no hace otra cosa que lo que ella quiere que haga; yo llamé á las Cortes de Tarazona á don Jaime y no fué; le llamé desde Barcelona y desobedeció también; él era mi feudatario, mi vasallo, y dió á mis otros vasallos el mal ejemplo de la rebeldía; le envié un rey de armas á aperebirle y se negó á escuchar al rey de armas; envié mis merinos á prenderle é hizo apalea á mis merinos; ya no habia medio; la rebeldía no podia ser ni más insolente ni más provocadora; apresté mis naves, fui yo mismo en persona á reducirle á mi vasallaje, y me resistió; palmo á palmo ha defendido su tierra; yo me he visto obligado á una guerra durísima que me ha producido otra guerra con el rey de Castilla y otra con el de Francia. Yo he nacido para la guerra y para la conquista; no hay para mí música más grata que la de los añales y los atabales, ni olor más delicioso que el del carnaje de los sangrientos campos de batalla; pero no me convenia un tal esfuerzo, no era la ocasión; la fortuna me ha favorecido; pero me he visto muy apretado, y ella, ella ha sido la causa de todo; ella sabe que yo puedo condenarla por delito de traición y aceptará la sentencia.

Yo escuchaba temblando.

El rey continuó:

—Tranquilizaos, padre; esa sentencia no se cumplirá sino aparentemente; doña Constanza no beberá una ponzoña, sino un licor que la privará de todo punto del conocimiento como si hubiese muerto, licor que yo mismo he hecho, porque ya sabéis que yo soy físico y alquimista. Pero necesito una palabra sabia

y sagaz que la reduzca, que la engañe, que la haga creer que su traición la mata, y para ello he pensado en vos.

—Y bien, señor,—disoned de mí,—le dije concibiendo un atrevido proyecto.

—Vos ireis,—me dijo el rey,—en vez de mi agonizante secreto.

—Iré, señor,—le dije,—y tanto más tranquilo cuanto que sé que no se trata de la muerte de vuestra hermana.

—¡Oh! ¡su muerte, su muerte!—exclamó el rey;—¿podría yo matarla? Moriría yo ántes mil veces.

—Pero os suplico una gracia, señor.

—¿Y cuál?—me preguntó el rey.

—Yo quisiera que nadie, ni aun vuestros ministros secretos, supiesen que era el abad de San Pablo el que debia auxiliar en sus últimos momentos á vuestra hermana.

—Estad también tranquilo por esa parte,—me dijo el rey;—cuando eso haya de suceder, yo os diré el lugar solitario donde á la media noche esperareis á que vayan á buscaros; vos estareis cubierto con vuestro capuz; nadie os hablará ni una sola palabra, y os volveréis encubierto é ignorado como habreisido.

Se me inundó el alma de alegría.

Doña Constanza estaba salvada.

A lo menos así lo creia yo.

Os diré por qué.

Una noche, hace un mes, ya muy tarde, llamaron repetidas veces y con insistencia á la puerta de nuestro convento.

Abrió el portero y se encontró con un peregrino cuyo rostro cubria un antifaz.

—Decid á vuestro superior,—dijo al portero,—que viene á buscarle desde lenguas tieras un peregrino del Apostol Santiago y necesita verle al momento para un asunto muy importante.

Ávisado de esto, yo me apresuré á recibir al peregrino.

El corazón me habia dado un vuelco y me habia dicho que debia recibirle.

Apénas estuvo en mi celda á solas conmigo, se descubrió y reconocí al desdichado rey de Mallorca don Jaime.

Estaba pálido, desencajado y me miraba con ansia, como quien lo esperaba de mi todo.

Le cubrian andrajos.

El hambre y la miseria estaban pintados en su semblante.

—A vos vengo, padre,—me dijo,—en el último límite de la desesperación; las prendas de mi alma están en poder de un ladrón infame, de ese miserable asesino, de ese monstruo, que valiéndose de un tiempo de la traición, de la fuerza y de la infancia, no sólo me ha despojado de mi reino, sino que me ha quitado el corazón, á mi honra, á la vida de mi hijo. Yo estoy resuelto á perecer por ellos; amparadme, padre mío, guardadme en vuestra casa; dejadme atiende en ella una ocasión propicia para exterminar al tirano.

¿Qué habia yo de hacer?

Acogi con toda mi alma al sin ventura rey don Jaime.

Le oculté.

Cuando el rey me hizo su proposición horrible, yo tenia al rey don Jaime en mi celda y pensé en él.

El era el que debia ocupar mi lugar junto á su desgraciada esposa.

Alentarla, avisarla, facilitar su rapto por el rey y salvarla luego.

Era necesario arriesgar el todo por el todo. Y la ficción se hizo.

Al fin un día me dijo el rey:

—Padre, esperad esta noche encubierto á la media noche junto al atrio de la iglesia mayor de la Seo; allí irá un hombre encubierto también á buscaros; ese hombre os dirá únicamente «ya es hora.» Seguidle; ese hombre no os dirá más. Cuando todo haya concluido, ese mismo hombre volverá á conducirnos al atrio de Nuestra Señora de la Seo, y una vez allí desaparecerá.

Yo no falté á la cita, por mejor decir, no faltó el rey de Mallorca.

Antes de la media noche, el rey de Mallorca, cubierto con un hábito de nuestra orden, con una larga barba postiza, estaba en el pórtico del atrio de Nuestra Señora de la Seo esperando.

Inmediatamente apareció un hombre envuelto en un manto.

Don Jaime me dijo al volver:

—Yo creí en el primer momento que el hombre que se me acercaba era el rey.

Y me estremeci todo de alegría.

El lugar era solitario.

Allí delante de Nuestra Señora podía yo matar al infame si era él.

Pero cuando el encubierto me dijo: «ya es hora,» por su voz conocí que no era el rey, sino otro hombre más infame aún, otro demonio más maldito aún, el que inspira al rey mayores horrores que los que el rey es capaz de cometer por sí mismo.

Era don Pedro de Egerica, señor de Valencia, que desde que el rey arregló con él sus diferencias no le abandona un momento ni en sus vicios, ni en sus infamias ni en sus crímenes.

El consejero que ha puesto junto á él Satanás, ó tal vez Satanás mismo.

No me convenia exterminar á Egerica y le seguí en silencio.

Todo está terminado, padre: mi desgraciada esposa me ha reconocido, ha sido dócil á mi voz, ha bebido con una altivez digna de ella y de mí la funesta copa, tal vez más terrible que la de la muerte si nuestro proyecto no se logra y dentro de una hora no hemos conseguido salvarla.

Como he dicho, yo habia arrostrado el todo por el todo.

Habia pensado aprovechar aquella casualidad que la fortuna nos presentaba, y habia buscado veinte hombres capaces de todo.

Veinte honrados zaragozanos pertenecientes á la cofradía del Santísimo Cristo de la Esperanza, que se venera en nuestro convento.

El pertenecer los veinte hombres buscados por mí á la cofradía de ese Sacratísimo Señor, cuya advocación es de la Esperanza, me pareció de buen augurio.

Sin esperar un momento, don Jaime, armado, encubierto por un manto y un antifaz, se puso á la cabeza de los veinte hombres.

Yo les habia provisto de una seña para que mediante ella se les franquease la puerta del Arrabal.

Don Jaime salió.

Pero no volví á verle al día siguiente, ni al otro, ni al tercero.

Al fin una noche volvieron á llamar á la puerta de nuestro convento.

Volvieron á traerme un mensaje.

Yo adiviné al rey de Mallorca, y le recibí. Venia pálido, extenuado, herido, mal curado, vacilante.

—Ya sabreis lo que me ha acontecido,—dijo;—el rey, que confía ciegamente en vos, os lo habrá revelado.

—No,—le dije,—el rey no me ha llamado, no le he visto desde el día en que me anunció debía ir á auxiliar á vuestra esposa.

—Eso significa,—contestó don Jaime,—que el rey desconfía de vos, y esto es gravísimo para vos; tal vez vuestra caridad por nosotros os ha perdido.

—¿Y qué importa?—le dije;—he cumplido con lo que debo á Dios y con mi conciencia; cúmplase en mí lo que haya determinado la divina voluntad.

Mientras yo hablaba, vi que palidecía más y más el rey don Jaime.

Vació y cayó al fin sin sentido.

Cuando se le socorrió, se vió que tenía en el pecho tres graves heridas mal vendadas.

Le habia sido necesario sin duda un esfuerzo heroico para haber llegado en aquella situación á nuestro convento.

Pasaron tres días, durante los cuales don Jaime, oculto en mi celda, asistido por uno de nuestros monjes que es un sabio médico, estuvo entre la vida y la muerte.

Al fin fué posible hablarle, y entonces me dijo:

—Apénas salimos por la puerta del Arrabal y ganamos la ribera ocultos entre los árboles, cuando vimos que por el río adelantaba una barca, en la cual iban cuatro hombres, uno á la proa, otro á la popa y dos en el centro. Uno de ellos sostenía entre sus brazos una forma blanca ó inerte, una forma de mujer, mi pobre esposa; el otro hombre llevaba en sus brazos un niño que lloraba.

Aquel niño era mi hijo.

Seguíamos el avance de la barca ocultos entre los árboles.

La barca tomó muy pronto la vuelta del Ebro y dió vista á la Aljafería.

A una buena distancia de ella atracó á la orilla, y el rey y don Pedro de Egerica, que sin duda el era el que acompañaba al rey, saltaron en tierra.

Don Pedro llevaba sobre sus hombros á mi esposa, inerte aún.

No habia, pues, tiempo que perder.

Nos lanzamos mis veinte y yo de la espesura espada en mano; pero aún no habíamos llegado al infame, cuando de otra parte de la espesura salieron muchos hombres.

Se trabó un combate horrible.

Pero el numero nos agobiaba.

El rey don Pedro y Egerica habian desaparecido.

Yo, mal herido, acorralado, empujado hacia el río, caí en él.

Esto me salvó.

Aproveché mis últimas fuerzas.

Me dejé ir con la corriente.

Nadé algun tiempo bajo el agua.

Volví luego á flote.

Vi que un grupo de hombres se perdía en la espesura.

Desaparecieron al fin.

Seguí nadando, pero perdía mucha sangre de mis heridas.

Empezaron á faltarme las fuerzas y grité desesperado pidiendo socorro.

Yo no queria morir.

La vida es la esperanza; y mi esperanza, mi única esperanza, es salvar á mi esposa y á mi hijo, si aún se les puede salvar.

Aquellos momentos fueron horribles, padre.

Yo pedía socorro á la soledad y al silencio.

La corriente empezaba á arrastrarme.

De improviso oí una voz robusta, una voz áspera que me decía:

—Teneos, teneos, no perdaís el valor.

Luego oí en el río el golpe de un cuerpo que caía al agua.

Después nada más.

Cuando volví en mí me encontré en un pobre lecho, y vi á mi lado, á la luz de una tea, una mujer, casi una niña, que me miraba con ansia.

Estaba en la cabaña de un labriego.

Todo lo que tenía á mi alrededor me lo indicaba.

Aquel hombre, padre de la joven que yo habia visto junto á mi lecho, me habia visto en Zaragoza al lado de don Pedro cuando perdido ya mi reino de Mallorca yo vine á prestarle un homenaje inútil y á someterme á las humillaciones que me quiso imponer.

Todo por amor á mi esposa y á mi hijo.

(Se continuará.)

SENSIBILIDAD Y SENSIBLERIA.

I

¿No os ha llamado la atención alguna vez, lectores míos, la errada manera con que generalmente se juzgan en el mundo, no sólo las acciones, sino hasta los sentimientos?

Raras, rarísimas veces se da á las cosas el nombre que les corresponde; y esa terrible

opinión pública, á que tanto y con tanta razón tememos todos, tiene ordinariamente un punto de vista que no puede ser más equivocado.

Se llama, por ejemplo, *bondadosa* á una persona que sólo es amable; *dulce* á la que no se cuida de que el mundo se desplome; *cariñosa* á la que hace algunas zalamerías de rutina, sin pensar jamás en las desgracias ajenas; *prudente* á la que deja ofender con una cobardía indigna á un amigo ausente; *benévola* á la que mira con indiferencia los yerros y aun las faltas de las personas que deben serle más amadas, y así se juzga de todo lo demás.

Por lo que toca á la mujer, la opinión pública anda aún más descaminada; la modestia y aun la dignidad se toman muchas veces por escasez de inteligencia, al paso que se da el nombre de *talento* á la osadía para hablar de todo bien ó mal.

Pero dejando las varias equivocaciones que tanto daño hacen al sexo débil, y que estoy consignando en la *Galería de vicios y virtudes* que escribo actualmente, vengamos al asunto que es objeto de este pobre artículo, es decir, á la definición de una especie que abunda mucho y que merece ser conocida.

Voy á hablar de las *sensibles* y de las *sensibleras*, y quisiera hacerlo de modo que aquellas y éstas quedasen en el lugar que les corresponde, para que no se pudieran confundir en adelante como hasta hoy.

II

La sensibilidad es uno de los más bellos atributos de la mujer, y sin ella puede decirse que no tiene de mujer más que el nombre.

Pero aquella bella y dulce cualidad no se da á conocer por alardes continuos; una pequeñez la descubre, y acaso ni ella misma sospecha que existe; la sensibilidad es una compasión natural y tierna de las penas y de los dolores de los otros, es el deseo de ayudarles, es el generoso anhelo de la felicidad ajena; una lágrima es un testimonio irrecusable de la sensibilidad del corazón; el cuidado de los animales indefensos, el cariño que se les profesa lo es también; no hay una persona verdaderamente sensible que maltrate á un animal.

Hace pocos días fui yo á ver á una joven muy bella que conozco; su aire de hada, la delicadeza encantadora de sus facciones, la dulzura de su voz y la elegancia de sus modales hacen de ella más bien que una mujer una sílfide; además, está siempre hablando de su sensibilidad; jamás va á ver un drama porque se pone mala; las emociones, según ella dice, la matan, y se queja continuamente del corazón.

Cuando yo llegué á su casa se me hizo entrar en una pequeña habitación donde se hallaba: delante del balcón, y acostada en un cestillo, habia una gata rodeada de cuatro hijuelos que habia dado á luz; la sílfide eligió el de la piel más bonita, y señaló los otros tres á un criado, diciéndole:

—Vaya usted ahora mismo á tirarlos lejos de aquí.

Este rasgo acaso parezca insignificante á muchas personas; ¿qué importa, en efecto, la vida de tres animalillos recién nacidos?

Nada á primera vista; y sin embargo, yo no he podido ya estimar á la delicada persona que decretó la muerte de aquellos infelices bichos con la sonrisa en los labios, con tan perfecta tranquilidad.

Una mujer sensible puede alumbrar sin palidecer para que corten un brazo á una persona querida, si de esto depende la conservación de la vida de aquella persona; y no será extraño que al ver á un anciano tenderle una mano en demanda de una limosna prorrumpa en lágrimas.

Una frase de un drama ó de un libro humedece á veces los ojos de una mujer, y (bueno es decirlo en honor suyo) los ojos de un hombre también; y sin embargo, acaso

esta mujer y este hombre no se habrán sabido desmayar en toda su vida, ni habrán dicho ninguna frase pomposa y estudiada.

Dejemos á las sensibles para acudir á las *sensibleras*, no sin asegurar ántes que la sensibilidad es silenciosa y se oculta en el misterio y en la sombra.

III

—¡Oh, yo soy muy sensible! No puedo pasar por delante de la casa donde viví con mi pobre marido,—decía hace poco tiempo delante de mi una viuda bonita y muy coqueta.

—¡Ah, sacadme, sacadme de esta casa,—gritaba otra jóven á quien también conozco;—no quiero estar en ella durante la agonía de mi padre!

—Y sin embargo, mi querida sobrina,—objetó una hermana del que agonizaba,—tu padre moriría más tranquilo si pudiera verte hasta el último instante.

—¡Oh, pero yo sufriría horriblemente!

La anciana señora se encogió de hombros, y una amarga sonrisa entreabrió sus labios. La jóven salió de la casa conducida por una amiga que elogiaba su *sensibilidad*, y el padre murió sin el consuelo de fijar su última mirada en los ojos de su hija.

Cualquiera podría pensar que aquella jóven ha deplorado el no haber recibido el último abrazo de su padre; pero nada de eso; se creyó en su derecho huyendo de un espectáculo que la hacía padecer.

En cambio, estas personas que nada sienten, que por nada se conmueven, padecen de convulsiones, desmayos, síncope y risas nerviosas en tales términos que su salud está siempre quebrantada, y que es preciso mirarlas de continuo y sin descanso.

Las *sensibleras* creen que todo se les debe de justicia; yo he escrito una novela titulada *El Sol de invierno*, en la que pinté una de esas mujeres, monstruos de egoísmo con cara de ángel, y algunas de la especie se han visto retratadas allí con sobrada fidelidad, lo que no es extraño, porque el retrato estaba tomado del natural y estudiado en sus detalles.

En este libro, Gertrudis, á los veinticinco años, ve partir á su marido á Cuba, y no llora por no estropear sus bellos ojos, pues tiene que asistir al día siguiente á un baile; confía luego la educación y el cuidado de sus hijas á una aya, porque *le hacen sufrir horriblemente* las dos niñas con los cuidados que exigen; doce años después es una de las mujeres más á la moda de Madrid, y la llaman *Tulita*, gastando su caudal en mantener parásitos y amigas íntimas que contemplan su sensibilidad y la llenan de mimos; y diez años más tarde se convierte en santurrona, pasándose las mañanas en oír misas y las tardes en rezar trisagios, y dejando á sus hijas que pasen á su vez el tiempo como mejor les parezca, evitándose cuidados que *le hacen sufrir mucho*.

Este retrato es el de muchas *sensibleras* de voz melosa y plañidera, de genios sentimentales, y que en el fondo de su alma no aman ni estiman á nadie, ni reconocen otro deber que el de mirar por sí mismas y cuidar su extrema impresionabilidad.

Muchas de esas señoras no saben si su marido tiene disgustos, ni á qué hora sale de casa ni á la que vuelve; ignoran si sus hijos estudian y si sus hijas leen libros peligrosos; son tan sensibles que se ahorran toda clase de cuidados.

—¡Oh!—decía hace pocos días delante de mí una *sensiblera*;—no hay nada mejor en el mundo que aproximarse todo lo posible á la piedra; para conseguirlo trabajo yo todo lo imaginable.

—¡Pero y los goces del sentir?—le preguntó una persona de su familia, riéndose por adelantado de la respuesta que iba á darle.

—¡Oh, sentir es el castigo de la humanidad! ¡Sólo el que no siente es feliz!

—¡Entonces los chopos y los alcornoques son muy felices según tú?

—¡Alcornoque quisiera yo ser!

—¡Y lo eres!—murmuró la otra dama con una burlona y graciosa sonrisa.

IV

¿Habeis visto alguna carta de una *sensiblera*?

¡Qué estilo tan romántico!

¡Qué profusión de exclamaciones!

¡Cuánto ¡ah! ¡oh! ¡ay!

¡Qué lacrimosas frases!

¡Qué periodos tan tiernos, tan exagerados para decir la cosa más trivial y más pequeña!

El tormento que esas personas imponen es irresistible; es preciso amarlas mucho, porque según dicen, para ellas *el amor es la vida*; y hay que compadecerlas de continuo por sus males imaginarios.

La sensibilidad verdadera, por el contrario, es pudorosa y reservada; se explica casi siempre por una lágrima furtiva y enjugada ántes de que nadie se aperciba de su aparición.

Una mujer verdaderamente sensible se desmaya y grita pocas veces; pero es fácil que se muera de dolor con la sonrisa en los labios y haciendo la dicha mientras viva de cuantos la rodean.

En otros artículos hablaremos de varios juicios errados de esa temible y tenebrosa entidad llamada *opinión pública*: nuestra voz es muy débil, pero la verdad le prestará fuerza, y de seguro más de un benévolo lector dirá con una sonrisa de simpatía:

—Tiene razón; quien ha escrito esto ha pensado ó ha sufrido.

Las dos cosas, amigo lector, y tal vez más la segunda que la primera.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

HONOR DE ESPOSA

Y CORAZON DE MADRE.

NOVELA ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

(Continuacion.)

A nadie había hecho mal, sino que por el contrario había hecho más de un beneficio; algunos de los murmuradores se habían sentido mortificados por las bromas y travesuras de Querubin, y otros lo miraban con envidia. ¿Qué envidiaban?

No era ciertamente la fortuna del mancebo, pero sí su inteligencia, sus virtudes y su valor.

Esto es bastante para que el lector empiece á conocer á Querubin, y para que se comprenda cómo podía ser amado por una mujer cuyo amor solicitaban muchos hombres ricos y de elevada posición.

En cuanto al protector, poco tenemos que decir.

Era pobre, puesto que no poseía más que algunos bienes que le producían una pequeña renta; pero estaba orgulloso con su hidalguía, y como un tesoro guardaba los amarillentos pergaminos que probaban la nobleza de su origen.

Era apegado á todo lo antiguo, y por consiguiente no transigía con las ideas modernas que bien pronto solían poner en conmoción la sociedad.

Asegurábase que el buen hidalgo había sido algo calavera en su juventud; pero nadie podía echarle en cara ninguna mala acción.

Había sido jugador, pendenciero y galanteador como el que más.

No se había casado, porque la escasez de su fortuna fué un inconveniente para que aceptase su amor ninguna dama tan noble

como él la quería, y por nada del mundo el buen hidalgo hubiera mezclado su sangre con sangre plebeya.

Creía firmemente que era un hombre muy severo; pero sobre este punto se equivocaba. Ya hemos dicho que amaba á Querubin como puede amarse á un hijo, y esto hasta cierto punto fué una desgracia para el mancebo, pues no quiso el hidalgo dedicarlo á ningún oficio, creyendo que así lo deshonraba.

Le había hecho aprender las primeras letras y algún latín, otorgó testamento en su favor, y con esto creyó que el jóven no necesitaba más.

Cuando Querubin tuvo diez y seis años, su protector le enseñó á manejar la espada.

El discípulo consiguió bien pronto ser maestro.

Entonces dijo el hidalgo:

—Ya no te falta más que vaciar una botella sin marearte y tener un desafío para ser un hombre completo.

¿Por qué serie de circunstancias había llegado Querubin á ser amparado por el hidalgo?

A este se lo oiremos referir muy pronto. Entregado á reflexiones bien desagradables sobre su situación, pasó Querubin hasta las dos de la madrugada, hora en que levantó la cabeza y dijo:

—Veremos.

Y con el descuido propio de la juventud y la tranquilidad de su pura conciencia, levantóse, tomó el velón, fué á su dormitorio, desnudóse y se acostó, quedando á los pocos minutos profundamente dormido.

A las seis de la mañana, hora en que aún no podían contemplar los rayos del sol los habitantes de la villa tres veces coronada, movióse de un lado para otro el protector de Querubin, estiró los brazos y pronunció el nombre de su protegido.

Nadie le respondió.

—¡Bah!—dijo el buen hidalgo,—mi ahijado es madrugador, pero no tanto que se levante á media noche. Aún no penetra luz por las rendijas, y por consiguiente es hora de dormir. No tengo sueño; pero si no es de día, dormire.

Y por un esfuerzo de su voluntad entregóse nuevamente al reposo después de arrojarse en las ropas de su pobre lecho.

Otra hora pasó.

El hidalgo volvió á despertar.

—Querubin,—dijo:

Tampoco entonces le respondieron.

Se restregó los ojos, bostezó ruidosamente, incorporóse y exclamó:

—¡Vive el cielo!.... No sé qué hora es, pero seguro estoy de que ya el sol nos alumbra.

Con tono de impaciencia volvió á llamar á su ahijado.

Luego se incorporó, escuchó, oyó alguno de los ruidos que sonaban en la calle y saltó de la cama.

Al levantar la cortina que cubría la puerta de la alcoba, vió algunos muy débiles rayos de luz que penetraban á través de las mil y una rendijas de las ventanas del aposento inmediato.

—¡Cuernos de Lucifer!—dijo el hidalgo.—¿Qué significa esto? ¿Qué le ha sucedido á mi ahijado para que á estas horas duerma todavía? Á ménos que haya pasado la noche fuera de casa ó que este enfermo....

En ropas menores salió de la alcoba el hidalgo, abrió la ventana y á través de los vidrios penetraron torrentes de luz.

Esta es la ocasión más oportuna para que hagamos su retrato.

Era de elevada estatura y enjuto de carnes, hasta el punto de que fácilmente hubieran podido contarse sus huesos.

Esta circunstancia hacia que su aguilena, delgada y larga nariz pareciese doblemente larga.

Eran muy salientes los pómulos de su ros-

tro, y sus ojos pequeños y redondos aparecían doblemente hundidos, porque sus cejas sobresalían demasiado, eran espesas y estaban casi unidas sobre su nariz.

En cambio su boca, aunque grande, tenía gruesos labios que revelaban franqueza si igual, y su frente era espaciosa, noble y alta como la de una criatura de privilegiada inteligencia.

Lo mismo en lo físico que en lo moral, presentaba el caballero una mezcla extraña, indefinible.

Era feo, doblemente feo, según ya hemos dicho, en ropas menores, dejando ver sus larguissimas y descarnadas piernas y sus pies que parecían un manojó de músculos, tendones, arterias y huesos.

Sin embargo, no tenía nada de repulsivo el conjunto del protector de Querubin, sino que por el contrario era lo que vulgarmente se llama simpático.

Aún no hemos dicho su nombre, pero ahora vamos á darlo á conocer.

Llamábase Godofredo de Guevara, ilustre apellido con que se envanecía.

Godofredo se había llamado su padre, su abuelo, su bisabuelo y todos sus ascendientes, pues era costumbre en su familia que el heredero por línea recta tuviese este nombre.

Decía el señor de Guevara que habían sido inmensamente ricos sus abuelos; pero que durante el reinado de triste memoria de Felipe III, un Godofredo de Guevara había empleado toda su influencia en favor de los moriscos para que no se les expulsase del territorio español.

Esto fué suficiente para que se confiscasen sus bienes, acusándolo de alta traición; y aunque murió sin que el delito se probase ni se pronunciase fallo, quedáronse los bienes en mano de los unos y los otros, sin que volviesen á poder de la familia.

Desde entonces, esta se vió reducida á una miseria espantosa, y gracias á que pudieron cobrar algunos créditos no murieron de hambre.

El padre del protector de Querubin había heredado algunos bienes de un primo lejano, y estos eran los que constituían la fortuna de nuestro personaje.

Llevaba muy á mal el señor de Guevara que se le llamase simplemente hidalgo, pues decía que era caballero de primera calidad, y sobre este punto tuvo más de una cuestión demasiado desagradable.

De su carácter nada decimos, pues muy pronto lo daremos á conocer.

Miró á su alrededor, y al ver el sombrero y la espada de su ahijado, dijo:

—Pues en casa está, pero se habrá recogido al amanecer. Dicen que la juventud de estos tiempos está perdida.... ¡Oh!.... Todos los tiempos son iguales. Cuando yo tenía veinte años me divertía de noche y descansaba de día, sin que esto menguase mi honor.

Exhaló el señor de Guevara un triste suspiro, es decir, suspiró como todos suspiramos al recordar mejores tiempos y pasados goces que no pueden volver.

—Bueno será,—dijo mientras empezaba á vestirse,—dirigir cuatro palabras severas á ese pobre muchacho, porque si es justo darle libertad, si á su juventud deben perdonarse ciertos extravíos, no conviene tampoco dejarlo sin freno para que se pierda, para que naufrague en las borrascas del mundo. Quiero ser su padre, y lo seré, y en mí encontrará tanta severidad como cariño.

Acabó de vestirse el buen hidalgo.

Puso á su peluca, que dicho sea de paso estaba bastante deteriorada, y saliendo de la habitación dirigióse á la en que dormía el atrevido y hermoso mancebo.

Detúvose á la puerta, dió algunos golpes y gritó:

—¿Aún no es hora de dejar la cama? Me parece, joven libertino, que siquiera por res-

peto á mi persona debierais estar ya levantado.

—Vistiéndome estoy,—respondió una voz soñolienta.

—Pues aprisa, aprisa,—replicó el hidalgo.

Y volvió al aposento que conocemos ya, examinó las botellas de que hicimos mención, y tuvo la fortuna de encontrar todavía un poco aguardiente.

Sentóse y bebió sorbo á sorbo el espirituoso líquido.

Entretanto registró sus bolsillos, sacó algunas monedas de plata y de cobre, y haciendo un gesto de disgusto murmuró:

—Poco es para vivir hasta fin de mes, á menos que antes no quiera facilitarme algunos ducados el miserable judío que tanto dice interesarse por mi suerte; pero si no comemos capones llenaremos la tripa con lentejas, nos resignaremos y esperaremos el día de la justicia.

Así pasó el hidalgo como unos quince minutos, y Querubin se presentó saludándolo respetuosamente.

—¿No sabes qué hora es?—dijo el señor de Guevara.

Desplegó el mancebo una leve sonrisa, y respondió:

—Bienaventurados los que tienen siquiera un reloj.

—Señor Querubin, dejaos de bromas cuando de asuntos muy serios se trata.

—Perdonad, padre mio, pero....

—¿A qué hora habeis venido, señor Querubin?—replicó el hidalgo con entonación de severidad que mucho de cómica tenía.

—Era tarde ya; pero con seguridad no puedo decir la hora.

—Siquiera sobre poco más ó menos....

—Más de las doce,—dijo el mancebo, que parecía cada vez más turbado.

—Necesito explicaciones de vuestra conducta.

—Me tratáis hoy con una severidad....

—Hace más de una hora que os aguardo.

—Otra vez os pido perdón.

—Os perdonaré si me dáis una prueba de franqueza.

—Nunca he mentado.

—Tarde debe ser, el hambre me atormenta; vamos en busca del almuerzo, y mientras se fortifican nuestros estómagos entraremos en explicaciones.

Y esto diciendo el hidalgo, tomó su capa y su sombrero de tres picos, ciñó su espada y exclamó:

—¡Vive el cielo!.... Esta ropa se encuentra tan mal parada.... En fin, no hablemos de esto ahora.

Querubin se puso su sombrero de anchas alas.

—Ya estoy dispuesto,—dijo.

—¿Y la capa?

—No hace frío.

—¿Que no hace frío!.... Mirad, joven inexperto, mirad y vereis el hielo que cubre y quita su transparencia á los vidrios de esa ventana.... ¡Que no hace frío!.... ¡Cuernos de lucifer!.... Tiritando he pasado toda la noche, y aunque esto en parte es culpa de mi pobreza, me ha convencido....

—Pues yo tengo calor,—interrumpió el joven.

—Aunque el sol del estío hubiese de derretir vuestra mollera, ¿adónde iriais decorosamente sin la capa?

Querubin sufría horriblemente en aquellos momentos.

Volvióse de un lado para otro, y dijo al fin:

—Está rota.

—Lo que se rompe se zurce, y por consiguiente....

—Pues bien, puesto que es preciso....

—¿Dónde está vuestra capa?

—Me la han robado.

—¿Que os la han robado?—gritó fuera de si el señor de Guevara.—¿Y os habeis dejado robar como el más cobarde malandrín!....

¿Acaso no llevabais vuestra espada? ¿De qué os servía, y de qué os han servido los puños y el corazón?.... ¡Ira del inferno!.... ¡Que os han robado!.... ¡Y de vergüenza no os habeis muerto antes que confesar vuestra deshonrosa cobardía!

Como si la sangre fuese á brotar, enrojecieron las tersas mejillas de Querubin.

Arrugóse su entrecejo, escapáronse dos centellas de sus negros y magníficos ojos, y su mirada se tornó luego sombría.

Reinó por algunos instantes un silencio absoluto.

—Responded,—dijo severamente el hidalgo.

Preciso era adoptar una resolución.

Antes que pasar por cobarde estaba dispuesto el joven á sufrirlo todo.

Había inclinado la cabeza, la levantó, y mirando al señor de Guevara, dijo enérgicamente:

—¡Cobarde!.... Eso no, padre mio.

—¿Está teñida en sangre vuestra espada?

—No.

—Pues entonces....

—Puesto que queréis almorzar, vamos y sabreis dónde está mi capa.

—Ello es que la has perdido....

—Sí, la he sacrificado á la honra de una noble criatura.

—Eso es incomprensible.

—Repito que me explicaré mientras almorzamos.

—Pero como decentemente no podeis salir sin capa, tomad la otra mia.

—¿La vuestra!.... Ahora vereis.

Abrió el arcon Querubin, sacó una capa doblada cuidadosamente y se la puso; pero arrastraba la prenda por lo menos un palmo, pues ya hemos dicho que el señor de Guevara era de elevada estatura.

A pesar de que su situación era bien critica y del respeto que le infundía su protector, Querubin dió algunos pasos mirándose y soltando una carcajada burlona.

No pudo el buen hidalgo conservar tampoco el continente grave que entonces convenia y volvió á otro lado la cabeza para sonreír, mientras murmuraba:

—¡Diantre!.... El muchacho tiene razon.

—¿Que os parece, padre mio?

—Quitate esa capa, dóblala, carga con ella y la llevaremos al maestro Policarpo para que en un momento la recorte, pues supongo que no hay esperanza de recuperar la tuya.

—Me parece que no.

—¿Acaso ignoras dónde se encuentra?

—Supongo que en manos de escribanos y alguaciles.

—Entonces hay que renunciar para siempre á la perdida prenda.

—Tal creo.

—Vamos, vamos.

—Pero esta capa es la nueva....

—Ya lo sé.

—Y ya que sois generoso hasta el punto de cedermé una, recórtese la que está más usada, pues no es justo....

—Esa ha de ser.

—No,—replicó enérgicamente Querubin.

—¿Os rebelais?

—Me rebelo.

—¡Vive Dios!...

—La capa nueva será para vos, ó yo me quedaré sin ninguna. Cuando me hayais escuchado os convencereis de que no tengo que acusarme de ninguna fealdad, me compadecereis, y entonces....

—Basta, basta,—interrumpió el hidalgo, que empezaba á sentirse profundamente conmovido.

—Mi buen padre,—dijo tristemente Querubin.

—¡Vive el cielo!.... Siempre has de salirte con la tuya; pero será la última, lo juro: si la pérdida de esa capa es prueba de alguna cobardía.... No quiero creerlo, no.

—Sois justo.
—Toma, toma,—repuso el hidalgo.
Y se quitó su raída capa de color verde muy claro, poniéndose la nueva.
Salieron de la casa.
Ni una palabra más pronunciaron entonces.
Tomaron calle de Segovia arriba.
Diez minutos después atravesaban la de Milanoses, volviendo á la derecha y bajando por la Costanilla de Santiago.

CAPÍTULO V.

Nuevos personajes.

Las calles del Meson de Paños, del Bonetillo, de la Escalinata y de la Independencia no eran entonces más que derrumbaderos apenas accesibles, que terminaban en los Caños del Peral y en un barranco hediondo donde el agua de las lluvias se encharcaba y corrompía.

Aún hoy, después de tantas reformas y tanto afán por embellecer la capital de España, nada se ha hecho para reformar la calle de la Escalinata, á pesar de que se encuentra en el centro de la población, en uno de los sitios más concurridos y frente al gran teatro de la Opera.

Se han construido unas escaleras para bajar más cómodamente al fondo del barranco, y con esto se han quedado muy satisfechos los reformadores.

La calle del Meson de Paños tenía entonces muy pocas casas. Una de ellas era una posada, donde desde muy antiguo paraban los mercaderes ambulantes que en sus recuas traían paños de nuestras fábricas de Alcoy, de Tarrasa, de Bejar y de otros puntos.

A esta circunstancia debe su nombre la calle.

Junto á la posada había otra casa que ya no existe.

Tenía dos cuerpos, era bastante grande y formaba la esquina de la Costanilla de Santiago.

No era menester más que echar una ojeada al edificio para conocer que allí se albergaban muchas familias pobres, pues así lo decían claramente los harapos puestos á secar en los balcones y ventanas, y los rostros pálidos que se dejaban ver por las mismas.

La entrada principal la tenía la casa por la Costanilla de Santiago.

(Se continuará.)

SECCION DE AMÉRICA.

JUICIO CRÍTICO

DE LOS

POETAS AMERICANOS,

POR EL DOCTOR LOPEZ DE LA VEGA.

(Continuación.)

Hemos leído últimamente, creemos que en el *Mundo Nuevo*, Revista ilustrada que se publica en Nueva-York, una sencilla pero tierna composición, cuyos principales versos dicen:

Hay un dulce misterio todo mío,
Un secreto de amor no revelado,
Un dolor sin gemidos, no soñado
Ni aun por aquella que su causa fué.
Cuando de lejos, al pasar, la miro,
Yo solo se de un alma la agonía:
Si ella me mira, entonces... ¡todavía
No ha llegado á mirarme esa mujer!

Siempre con ella, y siempre solitario,
Hasta el fin llegaré de mi jornada,
Sin recibir en mis delirios nada,
Sin que nada me atreva á demandar.

El fondo de esta bella poesía revela una pasión tan profunda como arrebatada, y pone

en evidencia un sentimiento de primer orden, tan fecundo como original.

El Sr. Blest Gana, representante de Chile en la República del Uruguay, ha escrito muchos versos floridos y de un pronunciado lirismo.

La *Sorena* de Blest Gana, dice:

Cuando ya el sol á sepultarse vaya,
Sueños formando de ambición de gloria,
O recordando mi pasada historia,
Yo vagaré por la desierta playa.

En esta poesía resalta un sentimiento de melancolía, que puede presentarse como muestra de la índole esencial del estro del señor Blest Gana, cuyos recursos imaginativos son inmensos.

Ha llamado mucho nuestra atención la siguiente poesía, que hace poco hemos leído en *El Siglo* de Montevideo:

RECUERDO

A LA MEMORIA DE SARITA QUIJANO.

I

Cual tierna y cándida flor
Que al abrir su hermoso broche
El céfiro de la noche
La marchitó con rigor,
Así de Sara el vivir
Brilló esplendente en el mundo,
Siendo en él sólo un segundo
El curso de su existir.

Esperanza que al nacer
Se concibe seductora,
Creyendo que ella atesora
Todo lo grande del ser.

De Sara así pareció
La existencia, á quien veía
Las gracias con que á porfía
La Natura la dotó.

El vate llora también,
Y con funebre armonía
Su triste cantar envía
Del Creador al edén.

El intercede por vos,
¡Oh madre desventurada!
Espera, pues, resignada
El justo fallo de Dios.

II

Los cantos que á los ángeles
Se elevan de la tierra,
Con eco fervoroso,
Con dulce y santo afán,
El corazón nos dice
Que su rumor encierra
La fe que al firmamento
Con la esperanza van.

Reciben los seres
Que son del cielo encanto,
Con alegría inmensa,
Con gozo angelical;
Y con sublime anhelo,
Y con bullicio santo,
Repiten los acordes
En coro celestial.

Las sacras melodías
El todo Omnipotente
En su esplendente trono
Escucha con bondad;
Y pródigo al oírlas
Compensalas clemente,
Brindando á quien las cantan
Amor y caridad.

Por eso la infelice,
La madre angustiada,
La pérdida lamenta
Del fruto de su amor.
Con fervoroso acento
De su alma lacerada
Eleva al Paraíso
Su canto de dolor.

Escuchale amoroso
El ángel que fué niño,
El que en el cielo mora

Porque buen hijo fué;
Y pide al Sumo Padre
Que el maternal cariño
Consuele, y en el brillo
El fuego de la fe.

Y llora aún la madre,
Y de improviso siente
La llama que ilumina
Su yerto corazón.
Y es que el Ser Eterno
Derrámale en la mente
El bálsamo sublime
De la resignación.

J. Figueroa.

Noviembre 8 de 1871.

Esta composición se resiente de algun desaliño en la forma, pero revela las condiciones de un poeta fecundo que ofrece mucho para el porvenir, y pone en evidencia un sentimiento cristiano lleno de delicadeza, que debe guiar los pasos del poeta si ha de cumplir sobre la tierra su misión sin faltar á la consigna de su grandeza.

Lamentable es que el poeta cubano Zenea se haya dejado arrastrar por el torrente de la insurrección, pues era realmente una perla del Parnaso americano. Sus versos eran concisos y elegantes, y casi todos de carácter elegíaco.

Es bella la composición á *Fidelia*, notándose lo que sigue:

Tomamos ¡ay! por testigos
De esta entrevista suprema,
Unas aguas que se agotan
Y unas plantas que se secan....
Nubes que pasan fugaces,
Auras que rápidas vuelan,
La música de las hojas
Y el perfume de las selvas.

No se puede dar más corrección y sencillez, y una espontaneidad más característica y sazónada.

Dice en otra parte:

Baja Arturo al Occidente
Bañado en púrpura riega,
Y al soplar del manso alicio
Las cólicas harpas sueñan.
Gime el ave sobre un sauce
Perezosa y soñolienta,
Se respira un fresco ambiente,
Huele el campo á flores nuevas;
Las campanas de la tarde
Saludan á las tinieblas,
Y en los brazos del reposo
Se tiende Naturaleza.

No se puede prescindir de conocer la penetrante melodía y la deliciosa melancolía de ese romance, digno de competir con los más castizos del duque de Rivas.

Es preciso conocer el carácter especial de los pueblos americanos para poder convenirse de la suavidad de sus costumbres.

(Se continuará.)

AUSENCIAS CAUSAN OLVIDO.

NOVELA

POR TORCUATO TÁRRAGO.

PRIMERA PARTE.

(Continuación.)

Cuando los dos jóvenes llegaron á él, se encontraron ni más ni menos que en el Paraíso terrenal. La creación entera brotaba para ellos en aquel instante. El sol, el puro azul del cielo, el blanco murmullo de las aguas cayendo en un vecino estanque, el fresco perfumado de la mañana, el trino de los ruiseñores, la mística sombra de la arboleda,

el suave esplendor de las flores, la pomposa verdura de la Naturaleza, todo estaba en armonía con el estado de aquellos dos corazones, que parecían nacer á la vida de un modo nuevo y repentino bajo las esplendidas emociones de la primavera.

¿Quién es capaz de medir la fuerza que tiene una flor en el profundo y extraño idioma del corazón humano? ¿Quién puede pesar la inmensa gravedad de una burbuja de aire, aspirada al mismo tiempo por dos seres que se encuentran solos bajo la mirada de Dios y entre las magníficas decoraciones de la Naturaleza? Nadie. Ni los dos actores de la escena que vamos á describir podían calcular todo el torrente de afectos que brotaron bajo la influencia de tan brillantes accesorios.

Ana y Rafael se encontraban en medio del huerto para llevar adelante una operación bien sencilla, la de reunir un poco de fresa; pero Rafael y Ana pensaban en ellos mismos sin acordarse para nada de la pobre fruta; y si bien estaban en el caso de recogerla, también existía una fuerza superior que les obligaba á mirarse como jamás se habían mirado.

Colocados bajo la apacible sombra de un hermoso peral, medio cubiertos con las rosas y azucenas del jardín, oyendo el canto de las aves, había de estallar precisamente el amor, hasta allí comprimido, de aquellos dos jóvenes.

—¡Qué hermoso es esto!—exclamó Rafael mirando los brillantes ojos de Ana.

Esta, por toda contestación, se inclinó para tomar un ramo de fresas, y dijo con una voz tímida:

—¿Vas á ser clérigo, Rafael?

Este se estremeció.... Aquel recuerdo le presentó la realidad desnuda y árida como la muerte.

—¿Clérigo yo! Pues qué, ¿hay razón, hay derecho para ahogar en lo profundo del corazón todo lo que se refleja como un cristal en el espejo del alma? ¿clérigo! Es verdad.... Quieren que sea clérigo; el año que viene dicen que debo ordenarme. Pero.... ¿Quién sabe! ¿Podrá saberse si el sol estará tan resplandeciente en el día de mañana como en el de hoy? Además.... Todo consiste en una cosa. En este jardín se habla de otra manera. Repito que mañana no es hoy.

Ana oyó todo aquel lenguaje, poniéndose unas veces encendida y otras blanca como el alabastro. No entendía, pero adivinaba.

—Vamos á coger fresa. Mi madre me estará esperando, dijo Ana por toda contestación. Los dos se inclinaron sobre las plantas y principiaron á coger la codiciada fruta.

De pronto pasó por la frente de Rafael una cosa parecida á un relámpago, se incorporó, miró á la candorosa niña de una manera extraña, y exclamó:

—Ana, voy á preguntarte una cosa.

—¿Qué?—contestó esta deteniéndose á su vez.

—¿Quieres que sea clérigo?

Púsose pálida la niña y respondió lacónicamente:

—No.

—Pues no lo seré. Haré lo que tú deseas. Pero....

—Pero ¿qué?

—Que para no ser clérigo es preciso que suceda una cosa.

—¿Qué ha de suceder?

—El que tú, Ana, no quieras á ningún hombre.

—¿A ninguno!

Y en los ojos de la hermosa joven resplandecía una felicidad suprema.

—Es decir, á ninguno, menos á mí.



DUQUE DE LA TORRE,
general en jefe del ejército de operaciones.

Ana bajó los ojos; se sonreía de una manera inefable.

—¿Conque, según eso, deseas que te quiera?

—Esa es la verdadera palabra, eso es lo que yo deseaba decirte, eso es lo que anhelaba mi corazón, Ana. Ahora bien; ¿podrás amarme?

—Sí, murmuró la niña.

—Pues te juro que no seré clérigo.

—Vamos á coger fresa,—respondió Ana con su dulce sonrisa.

VII

Lasciate ogni speranza.

Desde aquel día, Ana y Rafael se amaron, es decir, se idolatraron. Desde aquel día principiaron á cantar ese sagrado idilio del amor, elevado por dos corazones á la esfera de lo infinito, para confundirse en un solo sentimiento, en una sola esperanza.

Ellos se amaron como se ama en la primavera de la vida, como pueden amarse dos seres que se encuentran por vez primera en un nuevo paraíso.

Todos los que han llegado á los quince años saben cómo es el amor que se experimenta en esta edad; es una cosa que se parece á una flor; es un perfume que se concentra en sí mismo; es un sueño que toma la forma de una nube de oro, ó mejor dicho, es una nube que se amolda á las formas de un sueño.

Ana y Rafael experimentaron todo esto y mucho más. Los amores primeros se conciben, pero no se explican, hasta que los años les dan un carácter firme ó deleznable.

Todos son suspiros, miradas, opresiones de corazón, escasez de palabras, castillos en el aire, delirios y algo más todavía. Los ojos azules se ponen lánguidos; los ojos negros se llenan de una luz más intensa; los hombres se ponen amarillos; las mujeres de color de rosa; hasta que unos y otros terminan, ó por un matrimonio que á fuerza de

ser deseado y apetecido se hace eminentemente prosaico, ó por un rompimiento que separa para siempre aquellas dos estrellas que parecían confundir sus rayos en un abismo de suprema felicidad.

Rafael y Ana estaban en el primer periodo, y por eso fueron felices entre aquellas flores y aquellos perfumes que brotaron de sus corazones. ¿Siguió Rafael pensando en el *Perrone*, ó sea en el autor de teología, que por complacer á su familia tenía que ojear todos los días? ¿Siguió Ana corriendo y saltando entre sus compañeras para reconquistar cada vez más el sobrenombre de la *Liebre*?

Difícil es contestar á estas dos preguntas. En cuanto á Rafael, tenía siempre el *Perrone* en las manos, pero ignoramos si en él fijaba los ojos. En cuanto á Ana, sabemos únicamente que tenía azogue en los pies, pero era para descender á cierta reja que comunicaba á la calle por la tapia del huerto.

Así transcurrieron unos años hasta el día en que por desdicha de Rafael y Ana tuvo el primero que jugar la suerte de soldado.

Ya hemos dicho en el primer capítulo de nuestra historia, que el día de la quinta era el primer domingo del mes de Abril, domingo de Pascua de Resurrección.

También hemos dicho que la primera cédula que salió fué la del pobre Rafael con el número seis.

Nuestro joven no tenía tacha alguna que estuviera conforme con el cuadro de exenciones de la ley de quintas. Sus padres tenían lo necesario para vivir, pero no lo suficiente para librarlo; su tío el beneficiado apenas podía pasar con la escasa renta y derechos de la parroquia; por consecuencia, Rafael era ni más ni menos que un futuro soldado, si Dios no lo remediaba.

Cuando nuestro joven oyó el terrible número que cambiaba en un instante su condición social, su vida, su destino y su porvenir, hizo un gesto casi inexplicable, se quedó blanco como la cera, á pesar de ser moreno, miró á sus amigos, se despidió de ellos y se marchó silenciosamente á su casa.

Su madre lo adivinó todo y se abrazó á su hijo sin lanzar un gemido, sin pronunciar una palabra. Poco después entraron el beneficiado y el padre del joven, se sentaron con calma siniestra, y así permanecieron todos por espacio de una hora, mudos, llenos de estupor, y tan asombrados como si un rayo invisible los hubiese confundido.

El sacerdote fué el primero que tomó la palabra.

—¡Loado sea siempre el nombre de Dios! Lo ha hecho quien puede, y debemos doblar la cabeza con resignación cristiana. La vida tiene sus grandes contratiempos, y los contratiempos son la piedra de toque del corazón humano. Reflexionemos con calma; miremos las cosas bajo el aspecto de la realidad, y veamos lo que es posible hacer en el triste extremo en que nos encontramos.

Detúvose el beneficiado como si le asustasen sus propias palabras, y continuó el anterior silencio.

De pronto se interrumpió ésta con una exclamación suprema de aquella madre que tanto amaba á su hijo.

—¡Oh Dios mío! ¿y qué vamos á hacer ahora?

Miró á su esposo con un estupor profundo, el cual se encogió de hombros.

Esta prosiguió de nuevo dirigiéndose al beneficiado:

—Lo venderemos todo, hermano, le prendaremos fuego hasta las sillas de la casa. Yo quiero que no se lleven á mi hijo.

—Lo venderemos todo,—replicó el padre como un eco.

—Vender también lo que yo tengo,—añadió el sacerdote.

Pero el joven, objeto de aquel debate, se separó del cariñoso lazo que su madre había formado con sus brazos en torno de su cuello, y dijo con voz tranquila en la apariencia:

—Jamás consentiré que se venda un hilacho de la casa para librarme de la suerte que he tenido. Ustedes, padres míos, son pobres; apenas tienen para vivir; la labor está mala; las tierras que labramos no son nuestras, están á renta; nuestra única propiedad es esta casa, herencia sagrada que viene de nuestros abuelos; yo soy joven y puedo luchar con el porvenir, es decir, que si no soy clérigo seré soldado, y..... ¿quién sabe despues?

Al concluir estas palabras llenas de verdades dolorosas, la madre de Rafael volvió á abrazarse á su hijo como si le arrancasen el alma en aquel momento. El beneficiado no dijo una palabra, se levantó y salió á la calle.

Despues se supo que vió á varias personas, á fin de tomar á réditos la cantidad de seis mil reales; pero todos les cerraron las puertas de la esperanza. Hubo uno, sin embargo, que ofreció dar el dinero si se encontraba una garantía de diez y ocho mil reales, libre de hipotecas, exigiendo un treinta por ciento anual, lo que importaba un rédito de mil ochocientos reales. Esta proposición era una ruina, mejor dicho, un suicidio; el buen sacerdote meditó, echó cuentas, propuso su casa como garantía, aceptó por último el treinta por ciento; pero el usurero, creyendo benignas sus anteriores proposiciones, dijo que el capital prestado merecía mayor interés, y que no podía facilitarlo sin un cincuenta por ciento de ganancia.

Don Anselmo bajó la cabeza, no dijo una palabra y se marchó con el alma contristada, no tanto de que su sobrino fuera soldado, sino de que hubiera hombres tan sin corazón y sin conciencia que se atreviesen á robar de tal modo, protegidos, escudados y hasta patrocinados por la ley.

Veinte dias despues de estas escenas fué el juicio de exenciones. El gobierno tenia prisa de que ingresara en el ejército el cupo actual, y la cosa iba con cuanta precipitación era posible.

Rafael quedó declarado soldado.

El pobre joven dobló la cabeza ante semejante suceso, y se resignó de nuevo á cuanto pudiera depararle el porvenir.

Se acababa de perder la última esperanza. Sus padres no tenían dinero para librarlo; su tío lo había buscado por todas partes, sin encontrarlo; el consejo provincial llamaba á los quintos ocho dias despues del juicio de exenciones; no habia, pues, otro remedio sino resignarse.

Aquellos dias, últimos de felicidad doméstica, fueron un relámpago.

El dolor ahogaba las palabras.

VIII

La última noche.

Salía la luna blanca y resplandeciente como en una noche de primavera.

Era una de esas noches del mes de Mayo, en que los astros, las brisas y las flores forman uno de esos conciertos misteriosos de donde nacen raudales de armonía, que se pierden y se dilatan en la inmensidad.

Noche en que, como dice Chateaubriand, no se notaba otra cosa sino la mera ausencia de la luz, y en la cual se reproducían todos esos rumores que arrancan al alma suspiros de amor y á la mente recuerdos de dulzura.



DON EUSTAQUIO DIAZ DE RADA,
general carlista.

Noche en que todos los perfumes se escapan ligeramente del corazón de las plantas para buscar amores entre las mariposas nocturnas y las luciérnagas errantes.

Noche en que canta el cuco como si fuese el embajador supremo del buen tiempo.

Noche en que un millón de grillos entonan el primer coro de esa ópera eterna en que las notas están escritas por la mano de la Naturaleza.

Noche, en fin, en que las olas se quejan, en que los árboles suspiran, en que los vientos hablan á nuestro oído un idioma inteligible, y en que, por último, se suele oír el lamento de una guitarra entre una copla de fandango.....

Era, pues, una de esas noches.

Y como por término de todas las cosas la ya dicha Naturaleza suele ser indiferente y egoísta para con la humanidad, la tal noche era la última en que el soldado Rafael Alvarez habia de permanecer en Guadix.

Al dia siguiente marchaba á Granada.

Pero esto importaba poco.

La noche estaba risueña, aunque allí en el más escondido rincón de un hogar llorase una madre, guardase un padre mortal silencio y suspirase un sacerdote ya viejo y valedudinario, y con esto está dicho todo.

¿Qué era de Rafael?

Rafael tenía que ir á buscar la última palabra de consuelo de un corazón que le amaba, y dejando á su familia sumida en el más profundo dolor, estaba al pie de una reja, que caía precisamente al huerto de Pedro Avellan.

La tapia en que estaba abierta la reja era ya antigua y se hallaba coronada de yedra.

La luna iluminaba aquel sitio de un modo cariñoso.

En la parte interior, de pie, pálida é inmóvil, se descubría á Ana. Se destacaba sobre el fondo oscuro de unos rosales, y se asemejaba á una de esas silfas que suelen formarse del aliento de las rosas.

A la parte exterior, también de pie y silencioso, estaba Rafael.

¿Habían tenido valor para hablarse aquellos dos seres que tanto se idolatraban?

No. Se habían mirado mucho, mucho; pero ni una palabra, ni una sílaba siquiera se hubo cruzado entre ellos.

Allí estaba el dolor mudo y reconcentrado, la esperanza que se iba, la soledad que se acercaba, el abandono que venia despues. Aquel silencio elocuente lo decia todo; era el epílogo de cuatro años de un amor supremo; era como la nube, engendro pavoroso de la tempestad.

Acaso no hubieran roto aquel nudo de lágrimas si Ana no hubiese exclamado de pronto:

—¿Conque te vas, Rafael?

—Mañana,—contestó éste como un eco.

A este acento adorado, la hermosa joven pareció despertar del dolor que sentía; y como si fuese nueva para ella aquella noticia, se acercó súbitamente á la reja y exclamó:

—¡Mañana! ¡Ah si, mañana! Creía que no llegaría nunca. Y..... ¿cuándo volverás?

—Volveré..... ¿quién sabe! Puede ser que aún salga libre.

—¡Libre! —replicó la joven inclinando la cabeza.

—Y si no, volveré cuando haya cumplido.

—Es decir, ¿cuando acabes de ser soldado?

—Es claro.

—¿Y durará mucho tiempo el servicio?

—Ocho años.

Ana inclinó la cabeza; aquellos ocho años tomaron para ella la proporción de ocho siglos, acaso de una eternidad.

—En este tiempo,—dijo por último,—suelen pasar muchas cosas. Puedo morirme, y entonces te perderé para siempre.

—No, no,—contestó Rafael tomando una de las blancas manos de su novia.—Nacemos á la vida; ocho años son un soplo; además, siempre hay rebaja en el tiempo del servicio. Yo cumpliré perfectamente para lograr esto mismo. Acaso este periodo sea necesario para acrisolar más nuestra fe. De otro modo, ¿qué sabemos? Si no me hubiese cabido la suerte de soldado, hubiera tenido que sacrificarlo todo. Acuérdate que iba á ser clérigo; acuérdate que mi tío no quería otra cosa. Así se acabó el triste porvenir que tenía delante y empieza la dicha para nosotros. ¿Qué importa la ausencia de un poco de tiempo? Ahí tenemos el correo para comunicarnos nuestro amor. Teniendo fe y esperanza todo lo venceremos. Tú no te morirás, sino que me esperarás á que vuelva; y una vez de vuelta, serás mi esposa como yo seré tu esposo.

—Todo eso que dices es muy bueno, pero...

—¿Pero qué?

—¿Si hay guerra!....

—Todo el mundo está en paz, Ana.

—¿Si llegas á olvidarme!....

—¿Olvidarte yo! no digas eso jamás.

—¿Si otra mujer!....

—Vamos. Yo me voy y no tengo tales temores. ¿Confías en mí?

—Confío.

—Entonces nada más tenemos que decir. Sólo nos falta una cosa.

—¿Qué?

—Trazar nuestra línea de conducta,—replicó Rafael.—Te amo muchísimo, y por eso quiero que hagas cuanto voy á decirte.

—Ya sabes que mi voluntad es la tuya.

—Bien. Ahora atiende. Todas las semanas sin falta me escribirás una vez.

—¿Y tú?

—Yo haré lo mismo.
—Bueno.
—Me contarás todas tus acciones y todos tus pensamientos.

—Te los contaré. ¿Pero tú....
—Seguiré esta misma conducta, Ana.
—Corriente.
—Además quiero otra cosa.
—Dila.

—Soy egoísta. El amor es siempre así. Quiero que antes de separarnos jures que me serás siempre fiel, Ana.

—Te juraré cuanto me exijas.

—Pero yo no quiero juramentos que se los lleva el aire. Confío en ti como confío en mí mismo; no dudo, no puedo dudar de un ángel como tú eres. Pero cuando el tiempo va abrir entre los dos un abismo, cuando vamos a estar separados por espacio de ocho años, justo es que me garantices tu corazón como yo te garantizo el mío.

—Estoy dispuesta a llenar tus menores deseos, Rafael, ¿De qué forma quieres ese juramento?

—Voy a decírtelo. En el convento de la Concepción hay una hermosísima imagen de la Virgen de los Dolores, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues júrame, como si estuviéramos delante de Nuestra Señora, que no me olvidarás nunca.

La preciosa niña juntó sus manos con una expresión inefable, y contestó:

—Te juro por María Santísima de los Dolores que no te olvidaré jamás. ¿Estás contento?

—Quiero más todavía, —dijo Rafael. —En la milicia suelen ocurrir cosas extrañas. He oído hablar de muchos que anunciaron su muerte, y después vinieron sanos y salvos. Podría ocurrir aquí una cosa por el estilo. Así, pues, quiero que tu juramento sea más extensivo, si es que me amas.

—Te amo con toda mi alma, Rafael.

—Pues si eso es así, como no lo dudo, añade a tu juramento el que no me olvidarás ni vivo ni muerto.

—Yo juro no olvidarte ni en la vida ni en la tumba.

—Que no amarás a nadie.

—A nadie más que a ti.

—Que nadie se casará contigo.

—Nadie sino tú.

Rafael no dijo más; pero acercándose más a la reja puso sus labios sobre una de las manos de Ana, y selló con aquel primer beso las ricas promesas de su porvenir.

Desde aquel instante no le temió a ser soldado.

—¡Adios! —exclamó por último.

—¡Adios! —contestó Ana.

Y mientras que el uno se separaba de aquel paraíso, la pobre y enamorada niña caía casi desmayada en medio de las rosas del jardín.

SEGUNDA PARTE.

IX

Lo que puede pensar una mujer en un millón cincuenta y un mil doscientos minutos.

Yo no sé quién ha dicho, no lo recuerdo ahora, que la ausencia es hermana de la muerte.

Creemos que esto sea una verdad.

Nosotros, castellánamente hablando, acostumbamos a decir lo siguiente: «A muertos y a ídos no hay amigos.»

Hay en la separación de dos seres algo parecido a un principio de eternidad.

Los días, esos átomos luminosos de la creación, vienen y pasan sobre las promesas, sobre los hechos, sobre las cosas mismas, dejando caer un velo imperceptible, los cuales al fin y al cabo forman una espesa capa que todo lo barre y todo lo destruye.

Si no, reparad, si es que sois observadores, en un edificio, en un monumento, en un árbol, en la misma topografía de una localidad; reparad, repito, en una de esas cosas, y ceda-

reis de ver que el año anterior tenía el edificio otro carácter, el monumento otro color, el árbol otra figura, el terreno otros accidentes.

Pues de la misma manera, así varía insensiblemente el corazón humano. Quiere detenerse en un punto, y sin saber cómo se encuentra en otro lugar. El pensamiento de ayer es ya distinto del de hoy; acaso tendrá la misma apariencia, pero las modificaciones del alma flotan y se agitan como las moléculas del aire, y de aquí eso que algunos espiritistas sensibles tomen por fenómeno lo que en realidad no lo es ni puede serlo.

La humanidad, a semejanza de los caudalosos ríos, tiene sus grandes corrientes, y a imitación de una buena madre tiene sus grandes dolores. Que sincopemos esa humanidad en un solo individuo, ó que la miremos de una manera colectiva, el dolor es el mismo siempre. Destroza y mata; es el arsénico del alma.

Por lo tanto, permitánsenos estas preguntas:

¿Fué el dolor de no ver a su hijo lo que mató a la madre de Rafael, a la pobre Petronila Martínez? No lo sabemos, mejor dicho, no queremos saberlo. Lo cierto es que no se había cumplido el año de ausencia cuando aquella buena mujer bajó al sepulcro.

¿Fué la viudez la que mató a Antonio Álvarez, padre de Rafael? Tampoco lo queremos averiguar; pero lo positivo é innegable es que murió seis meses después de su esposa.

¿Fué el abandono y la soledad los que acabaron con el bueno de don Anselmo, el digno y humilde beneficiado de la parroquia? Lo ignoramos; pero la verdad es que el cariñoso anciano murió sumido en el dolor más profundo.

Y vean ustedes aquí, en ménos de dos años, desaparecer una familia honrada y que vivía feliz en su pobreza, no dejando otra cosa sino ese recuerdo, vivo al principio y que se fué amortiguando después, de sus virtudes y elevados sentimientos.

Tales son las cosas de por aquí abajo.

La familia de Rafael murió merced a ese arsénico del que hemos hablado más arriba; y ya que murieron, lo único que podrán desear mis piadosos lectores es que duerman y descansen en paz.

Mientras que esta familia se perdía en las regiones de la muerte, otra familia brillaba en las regiones de la vida.

Esta familia era la de Ana.

Allí reinaba la abundancia y el contento. Pedro Avellan era siempre el labrador rico, y María Fernandez su esposa la mujer proveedora y activa. Las cosechas, siempre pingües, llenaban sus trojes; la vendimia, siempre abundante, llenaba sus bodegas; los olivos, siempre cargados de fruto, llenaban sus tinajas. Habían sentido, sí, las desgracias de su convecino don Anselmo; pero qué importan los males extraños cuando nos sonríe la felicidad interna?

(Se continuará.)

RESEÑA HISTÓRICA

DE

LA TORRE DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

(VULGO GIRALDA)

como existió desde su fundación

HASTA EL AÑO DE 1856 (1).

Algunos cronistas de Sevilla atribuyen su construcción al célebre *Abu Mussah-Djafar-el-Soh* (Gober), sabio y alquimista que floreció en el siglo viii; por consiguiente sería de los tiempos de Aderrahmán I el Grande, ó de sus sucesores Hixem I y Al-Hakem I, y contemporánea de la fundación de la gran

(1) De La Revolución española de Sevilla.

mezquita de Córdoba, de lo cual hay razón para dudar, pues las crónicas arábigas que refieren los sucesos de aquella época no mencionan esta obra, lo que indudablemente hubieran hecho, atendida su importancia, en honor de aquellos ilustres califas.

El historiador árabe *Ibn-al-Cutia*, que vivió en el siglo x, dice que Abderrahmán II mandó construir la gran mezquita de Sevilla y reedificar las murallas de esta ciudad, monumentos unos y otros que habían sido arruinados por los normandos en su primera invasión por el Guadalquivir en 844. Otros historiadores de la vida de este magnífico califa refieren las muchas y grandiosas obras públicas, mezquitas, alcázares, escuelas, caminos y jardines que hizo edificar aquel espléndido soberano en Andalucía, mas ninguno de ellos hace mención de la célebre torre conocida por la *Giralda*.

El doctor anticuario Rodrigo Caro conjectura que se edificó por los años de 1000 ó por allí muy cerca, siendo el rey de Sevilla, y el más poderoso de Andalucía, Benavet Almuçamus, sin más razón para apoyar su conjetura sino que «este rey moro tuvo muchas riquezas para poder edificar obra tan suntuosa.» Esta, como se ve, no es razón bastante para fundar una opinión; además, las hay de mucho peso que la contradicen. En primer lugar, que Mohammed Ebu-Abed, que falleció en 1012, no usó de los atributos de la soberanía en Sevilla hasta pocos años antes de su muerte, cuando quedó consumada definitivamente la desmembración del califato de Córdoba; en segundo lugar, que en la fecha á que se refiere Rodrigo Caro gobernaba el califato, en calidad de primer ministro y privado de la sultana Sobhaya, regente durante la menor edad de su hijo Hixem II, *Mohammed-ben-Abi-Amer*, más conocido con el nombre de Almanzor el Grande, y es notorio que el terrible *Hajib* se mostraba

barto celoso del prestigio de la autoridad soberana que ejercía de hecho para consentir que ningún particular, por muchas que fuesen sus riquezas, pudiese en ejecución un pensamiento tan grandioso como el de la erección de un monumento público de la importancia de esta torre, y para permitir que ningún walid, aunque fuera el de Sevilla (á la sazón lo era Ebn-Abed), se diese otro título que no fuera el que le pertenecía; y en tercero, que aquellos tiempos, por más que lo fueran de hipocresía y superstición, como ya comenzaba á bajar el nivel de la civilización árabe andaluza y á subir el de la barbarie africana, no eran ciertamente los más á propósito para emprender obras de tal significación y colosal grandeza. La guerra con los cristianos y la política de banderías lo invadían todo á la sazón. Andalucía era un inmenso campamento, la corte de los califas un semillero de intrigas palaciegas, y Córdoba un vasto palenque donde bullían y se hostilizaban sin tregua los partidos políticos conocidos con los nombres de *eunucos*, *eslavos*, *ameridas*, *africanos* y *aristocracia andaluza*, todos ellos más atentos á disputarse el poder que á procurar el bien común y el esplendor y propagación del islamismo.

Otros historiadores, siguiendo la indicación del cronista granadino *Abd-el-Halim*, atribuyen su fundación al emperador de Marruecos *Yussuf Abd-el-Ilalim*, hijo y sucesor del verdadero fundador del imperio de los *Almohades*, *Abd-el-Memun*. El historiador granadino dice, que *Yussuf* decretó en 1171 la construcción de la mezquita mayor de Sevilla, llamada *Djema Muhyarim*, y que el primer *katib* que dió plática en ella fué el faquí *Abd-el-Kusem* de Niebla. El mismo *Abd-el-Halim* afirma que el quinto del inmenso botín que los Almohades obtuvieron de su memorable victoria sobre Alfonso VIII en los campos de Alarcos (1195) y de sus venturosas correrías por tierra de Castilla, fué aplicado por el emperador *Yacub*, apellidado *Almanzor*,

hijo y sucesor de *Yussuf*, á la continuacion de las obras de la mezquita mayor de Sevilla y de su famosa torre.

Esta version nos parece la más digna de crédito, atendido que el emperador *Yussuf* permaneció en Sevilla cerca de seis años (1171 á 1176), y su hijo *Yakub*, ya emperador, tres (1175 á 1178), y que á ambos principes debió Sevilla grandes mejoras en materia de construccion de mezquitas, alcázares, muelles, muros de contension para encauzar el rio, grandes almacenes y cañerías para la distribucion de aguas en la poblacion.

Tenemos otro dato para creer que la de esta torre es debida más bien á los moros que á los árabes, y es, que cuando se discutieron las condiciones para la entrega de Sevilla á San Fernando, los comisionados musulmanes pidieron que se les permitiese derribar la torre de la mezquita mayor. El santo rey «casi se inclinaba á concedérselo; pero su hijo y sucesor don Alfonso el Sabio, como artífice en todas ciencias y que supo estimar esta gran fábrica, respondió que por un ladrillo solo que le quitasen los pasaria á todos á cuchillo.»

Esta es, á juicio nuestro, una nueva prueba de que esta torre fué hecha por los africanos; pues conocido el odio profundo que esta raza profesaba á los árabes, es evidente que no hubiesen manifestado tanta veneracion por la torre de la mezquita si ésta hubiese sido construida por sus aborrecidos rivales. Los que destruian las bibliotecas, quemaban los libros que trataban de ciencias especulativas, cerraban las academias, perseguian á los sabios sable en mano, ataban sus caballos á los muros de la mezquita de Córdoba y arrasaban los jardines, verjeles y todo cuanto llevaba impreso el sello de la cultura árabe-andalúza, que ellos aborrecian como las aves nocturnas aborrecen la luz del dia, no hubieran manifestado, repetimos, tanto interés por un monumento que diera eterno testimonio de la civilizacion arábiga.

La torre subsistió en el estado que se manifiesta en este trazado hasta el año de 1356, y dia de San Bartolomé, en que hubo un gran temblor de tierra en Sevilla, de cuyas resultas desmembróse la barra de acero que atravesaba las cuatro bolas de su remate, cayendo éstas al suelo, donde se hicieron pedazos. Sin ellas y sin la cúpula de azulejos permaneció desde aquella fecha hasta el año de 1555, segun se demuestra en un cuadro pintado y concluido en aquel año por Sturnio, existente en la capilla llamada de los Evangelistas, de la catedral.

En esta última fecha, ó pocos años ántes, segun Rodrigo Caro (*Antigüedades de Sevilla*, folio 48 vuelto), «Don Cristóbal de Valdés, arzobispo de esta ciudad, y el dean y cabildo de la iglesia, hicieron edificar y sobreponer el remate y ornamento con que hoy la vemos y gozamos, habiendo juntado todos los arquitectos de España para consultar si quedaria firme añadiéndole todo lo que estaba trazado y habiendo de poner en ella las campanas. Y siendo todos de contrario parecer, se siguió el de *Hernando Ruiz*, grande arquitecto, natural de Córdoba, que afirmó ser el edificio de los moros tan fuerte que podria sufrir lo que sobreponian con mucha firmeza y seguridad, y así se ejecutó; y pareció ser cierto lo que *Hernando Ruiz* decia, pues vemos hoy esta gran torre tan firme contra el tiempo, que no ha recibido injurias en más de ochocientos años.

Los datos que hemos tenido á la vista para ejecutar este trazado, son los siguientes:

Con respecto al segundo cuerpo de estilo árabe que le ponemos, dice la crónica de Fernando III (capítulo 74), y la de Alfonso X (IV parte, folio 345): «Otroso, en somo adelante, á otra torre á la cima, que ha ocho brazas, fecha de gran maestria.» En el cua-

dro pintado por Sturnio, de que dejamos hecha mención en uno de los pirraños anteriores, aparece este segundo cuerpo, que debió ser copiado del natural, y en el la tabla de *ajaraca* que hemos representado, despues de haber consultado, para mejor acierto, una vista de la mezquita mayor de Tetuan, tomada del natural por el excelente paisista y amigo nuestro don Joaquín Díez, torre que es del estilo de la de Sevilla; finalmente, *Rodrigo Caro* describe en los siguientes términos este segundo cuerpo: «Esta torre de enmedio se levantaba sobre estotra mayor todo aquello que buennamente venia á darle mejor proporcion de remate, con un gran chapitel de azulejos de varios colores, y en él estaba la gruesa barra de acero sobre que estaban puestas las dichas cuatro grandes y resplandecientes manzanas, lo cual daba remate á toda la obra.» Para su altura hemos tomado las ocho brazas que mencionan las crónicas de Fernando III y de Alfonso X, á razon de seis pies por cada braza.

Para las cuatro bolas y su diámetro respectivo, hemos tenido presente, en primer lugar, la siguiente descripcion que de ellas hacen las citadas crónicas: *A la cima son quatro manzanas redondas, una encima de otra, de tan grande obra, e tan grandes, que non se pondrien haser otras tales. La de somo es la menor de todas, e luego la segunda, que so ella es, mayor, empues. La tercera mayor que la segunda: mas la quarta manzana non podemos retrazer, ca es de tan gran labor e de tan grande e estraña obra, que es dura cosa de creer; toda obrada de canales, e ellas son, doce; en la anchura de cada canal cinco palmos comunales, e quando la metieron por la villa non pudo caber en la puerta, e oviéron quitar las puertas, e á ensanchar la entrada; e quando el Sol da en ella resplandez con rayos luzientes mas de una jornada; y en segundo, lo que dice Luis del Mármol en su *Historia de Africa*, libro III, capítulo 40, á saber: que *Yakub Almanzor*, nieto de *Abd el-Memun*, mando construir, á imitacion de esta torre, otras en las dos grandes mezquitas de las ciudades de Marruecos y de Rabat, en las cuales torres, dice, permanecen todavia quatro manzanas de oro, que en la más baja caben ocho fanegas de trigo, en la segunda quatro, en la tercera dos y en la quarta una.*

Esta misma progresion geométrica hemos aplicado á las bolas de la torre de la mezquita de Sevilla, tomando por base de nuestro cálculo las doce canales de á cinco palmos comunales cada una de la mayor, ó sea vara y cuarta por cada canal, que nos dan un total de sesenta cuartas; por lo que teniendo en cuenta la relacion del diámetro con la circunferencia, hemos dado quince pies castellanos de diámetro á la mayor, siete y medio á la segunda, cuatro escasos á la tercera y dos á la quarta.

En todas las demás medidas de la torre hemos procedido con la misma escrupulosidad, tomándolas por nuestra misma mano ó bajo nuestra inspeccion, en prueba de lo cual acompañamos la escala en pies castellanos y en metros.

J. GUICHOT.

SECCION DE ACTUALIDADES.

HISTORIA

DE LA

INSURRECCION CARLISTA DE 1872

POR DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

Los sucesos han venido á confirmar nuestra opinion en cuanto á la importancia de las presentaciones á indulto, y desgraciadamente la situacion es casi la misma que en la anterior semana.

La accion de Orreñeta fué un golpe terrible para los carlistas; pero una herida grave no es siempre la muerte, y esta verdad ha quedado ahora demostrada.

Huyó don Carlos en los momentos en que pudo hacer mucho, pues sin duda no comprendió lo que vale una oportunidad.

La fuga, porque fuga debe llamarse, y por cierto nada honrosa para el que ciñe la espada del caballero y del soldado, desmoralizó completamente á sus partidarios más entusiastas, y de la hoguera no quedaron más que brasas y cenizas.

Pocas, de escasa fuerza, desorganizadas y sin fe son las partidas que hoy quedan en Navarra; pero ello es que existen, que se mueven, haciendo fijar en ellas la atencion de las tropas del gobierno, y lo peor de todo es que se comunican con las facciones que operan en las Provincias Vascongadas.

En éstas, los partidarios del Pretendiente tomaron brios cuando los perdieron los de Navarra, y así quedó todo compensado; pudiendo decirse que habiendo adelantado mucho no han conseguido gran cosa.

No puede ponerse en duda que la insurreccion carlista lleva la peor parte en la lucha, considerada ésta en general; pero no nos hacemos ilusiones; todavia vemos una rebelion sobradamente respetable ó temible, y que puede convertirse en guerra civil.

Así lo prueban los mismos partes que recibe el gobierno.

En Durango habia seis ó siete mil hombres, que nunca creimos cometiesen la torpeza de esperar allí y aceptar una verdadera batalla con el ejército mandado por el duque de la Torre.

Ni los batallones carlistas son tropas de línea para un combate de esta especie, ni cuentan con una artillería que oponer á la del ejército liberal, ni mucho menos tienen un cuerpo de caballería que opere donde el terreno lo permita.

Por el contrario, el duque de la Torre cuenta con todos estos elementos, y como Durango no es una plaza fuerte, para reducirla á polvo bastaba con un par de baterías.

Lo que se llama guerra de guerrillas es lo que conviene á la faccion, y comprendiéndolo así, dividióse cuando se le acercaba el ejército liberal.

Los grupos tomaron distintas direcciones, y obligaron al duque de la Torre á dividir tambien su ejército.

Todas estas operaciones, en un terreno como el de las Provincias Vascongadas, exigen muchos dias y son muy costosas en todos sentidos.

Preciso es tener en cuenta todo esto para que se comprenda cómo la situacion es poco más ó menos la misma despues de uno y otro encuentro en que el ejército liberal queda triunfante, y despues de entregar las armas y acogerse á indulto millares de facciosos.

Una partida dispersada no es más que un detalle, un accidente, una de tantas peripecias de la lucha; y para convencerse de esto no hay más que recordar la última guerra civil, que duró siete años, á pesar de que cada dia, y particularmente en su principio, eran batidos los facciosos en detalle, y de éstos se presentaban muchos á indulto.

El convenio de Vergara fué la herida hecha en el corazon, y por eso terminó la guerra, y ahora tambien es preciso herir en las entrañas.

Lo repetimos; la insurreccion carlista está en decadencia, pero aún vive, y es preciso hacer mucho, quizá mucho más de lo que se ha hecho; y lo creemos así porque no nos dejamos impresionar por las noticias contradictorias que se reciben, sino que apreciamos los sucesos con la calma que deben apreciarse.

Ningun inconveniente encontró el duque de la Torre para penetrar en Durango.

¿Dónde estaban los facciosos?

Habían desaparecido como el fantasma que se evapora al ponerle la mano.

Preciso era perseguir á los que huían; pero éstos se habían fraccionado, y por consiguiente era preciso cambiar de sistema.

Una parte de la division del general Letona consiguió, sin embargo, dar alcance el día 14 á los carlistas, que inmediatamente hicieron fuego sobre el batallon de cazadores de Puerto-Rico.

Apénas principió el combate, la artillería hizo fuego.

Pocos disparos pudieron sufrir los facciosos, y abandonaron sus ventajosas posiciones, dejando sin vida á algunos de sus jefes de más importancia, entre los que se contaban don Manuel Altube y el cura Albarralegui.

También fué conducido á Durango, gravemente herido, don Agustín Urrutia, oficial de la partida Cuevillas, y secretario que habia sido del Casino carlista de Bilbao.

El teniente coronel del batallon y algunos oficiales fueron heridos tambien.

Los migueletes, que están prestando grandes servicios, se apoderaron de dos carros de armas que habian arrojado los carlistas en su fuga.

Este choque, muy ventajoso para las tropas del gobierno, debía quedar bien pronto compensado en el encuentro que el batallon de Mendigorria ha tenido en Oñate con la faccion.

Los derrotados por el general Letona en Mañaria habianse dirigido hácia Oñate, y para atacarlos recibió orden el brave jefe del batallon de Mendigorria, señor García Reina.

No contaba este con fuerzas suficientes para entablar la lucha con los facciosos, pues su batallon tenía poco más de cuatrocientas plazas, mientras que las fuerzas enemigas contaban con más de cinco mil hombres; pero el jefe de Mendigorria no es de los que cuentan el número de sus enemigos, y sin más que su arrojo y el valor heroico de los oficiales y soldados salió de Oñate.

Hé aquí lo que nuestro corresponsal nos dice sobre este encuentro, que tanta sangre ha costado:

«Muy señor mio: Hoy tengo que comunicar á usted tristes noticias, si bien ante todo advertiré que las facciones se encuentran en malísimo estado; pero la sangre corre y las desgracias se multiplican, y no me parece que la lucha terminará tan pronto como todos deseamos.

El general Letona batió en Mañaria á los partidarios del Pretendiente; pero éstos han tomado la revancha en Oñate, aprovechando la ocasion de encontrarse solo el batallon de Mendigorria.

Aún no me explico satisfactoriamente cómo ha podido tener lugar este hecho de armas tan brillante como sangriento, pues cuanto se dice es contradictorio, haciendo suponer que la lucha quizá no se hubiese entablado si el batallon de Mendigorria no hubiese tenido un jefe cuyo arrojo raya en lo inconcebible.

Tengo datos para afirmar que el señor García Reina no contaba con más de cuatrocientos á quinientos hombres, mientras que la faccion mandada por Ulibarri tenía más de cinco mil, y se habia situado en terreno que debía serle muy ventajoso.

No se ignoraba esto en Oñate, y muchas personas aconsejaron al jefe del batallon que permaneciese en el pueblo y á la defensiva hasta que le llegasen auxilios; pero ya fuese para cumplir las órdenes que tenía, ya por que su impaciencia y las condiciones de su carácter se aviniesen mal con la inaccion, decidió salir al encuentro de los facciosos, dirigiendo ántes un aviso al gobierno para asegurar que venderia cara su vida y dejaría bien puesto el honor.

El señor García Reina debía cumplir su pa-

labra, y bien puede envanecerse con haber dejado tan bien puesta su honra.

Con un denuedo sin igual atacaron los cazadores de Mendigorria, y los facciosos se vieron obligados á abandonar sus posiciones.

Sin embargo, eran muchos y no podian declararse vencidos, sino que por el contrario, seguros de la inmensa ventaja que les daba el número, se rehicieron y tomaron la ofensiva, atacando por muchos puntos á la vez.

Desplegóse el batallon convenientemente; pero cada soldado tenía que luchar con ciento, y las pérdidas que sufrían los cazadores eran doblemente sensibles por su corto número.

Una lucha tan desigual no podia prolongarse, ni era de dudoso resultado.

El señor García Reina se convenció de que le era preciso retirarse, porque los facciosos iban envolviendo el batallon y bien pronto sucumbiria hasta el último soldado; pero interrumpir el combate sin haber hecho algo de mucha importancia, era cosa con la que no podia avenirse el bravo jefe.

Una ojeada le bastó para apreciar con exactitud su situacion critica, pues gran número de facciosos empezaban á situarse entre el batallon y el pueblo, quitando así á nuestros soldados hasta el recurso de la retirada.

Emprender ésta era por consiguiente principiar un nuevo combate, que ofrecia tanto peligro como gloria.

No vaciló el señor García Reina, y despues de dar algunas órdenes, púsose á la cabeza de sus soldados, y dijo con calma: «Esto es otra cosa; nos retiramos, pero sin volver la espalda, pues el rostro será el que vean nuestros enemigos.»

Inmediatamente se lanzó hácia el grueso de las fuerzas carlistas.

Su ejemplo produjo el efecto que era consiguiente, y los valerosos cazadores, como impulsados por un vértigo, siguieron á su jefe.

No era posible resistir el empuje de aquel puñado de héroes.

Los carlistas empezaron á ceder.

En muchos puntos se entabló la lucha cuerpo á cuerpo, una lucha tenaz, desesperada.

De repente se encabritó el caballo del jefe de Mendigorria, y luego cayó.

Una bala habia penetrado en el pecho del noble cuadrupedo.

El señor García Reina, que ni por un solo momento perdía la serenidad, levantóse sin dar tiempo á que le ayudasen los que más cerca estaban, y dijo: «Ahora falta otra bala para mí.»

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando otro proyectil llegó á su pecho; chocó con el reloj, y desviándose resbaló por entre las costillas, librándose así el valeroso jefe de una muerte instantánea.

Quisieron socorrerlo, pero no consintió que nadie se ocupase de su persona, y empuñando el revolver siguió avanzando resueltamente.

Eran ya muchos los muertos y heridos de una y otra parte.

La caballería facciosa pudo en aquella retirada hacer mucho mal á los cazadores; pero fué hábil y valerosamente contenida por la compañía que mandaba el capitán Castellanos.

El batallon tenía que atravesar un riachuelo, y lo hizo felizmente, á excepcion de unos cuantos cazadores que habian quedado atras y fueron envueltos por crecido número de facciosos.

El cabecilla Ulibarri, que se habia encontrado en los sitios más peligrosos, fué gravemente herido en una mano y en el pecho.

Empieza á decirse que ha dejado de existir, pero ignoro si esto es verdad.

Con muchas bajas, triste es decirlo, entró el batallon en Oñate, parapetándose inmediatamente en los edificios de la plaza, pues de-

bía suponerse que la faccion no los dejaría sosegar un instante.

Resueltos estaban nuestros soldados á morir ántes que entrgarse.

¿Por qué los carlistas no avanzaron hasta la poblacion?

Muy fácilmente pudieron hacerlo así, pues los pocos cazadores de Mendigorria, aunque les sobrase valor y voluntad, no tenían ya fuerzas para resistir un nuevo ataque.

Sin embargo, los facciosos se contentaron con situarse en los alrededores de la poblacion, permaneciendo allí hasta la tarde del día 17, en que se presentó la division mandada por el general Primo de Rivera.

Un testigo ocular me ha contado episodios verdaderamente admirables. Dice que un soldado, durante la retirada, retrocedió hasta llegar á un grupo de diez facciosos, entablando con ellos una lucha que apenas se concibe. El soldado destrozó su carabina en fuerza de descargar golpes, y por último recurso apeló á su navaja, poniendo fuera de combate á tres ó cuatro de sus enemigos, y volviendo victorioso y lleno de heridas al lado de sus compañeros.

Rasgos parecidos á éste se cuentan muchos.

Ningun otro suceso digno de mencion ha tenido lugar estos dias, pues aunque se habla de presentaciones de algunos miles de facciosos, no doy credito á tan exageradas noticias sin verlas confirmadas. Si acogiésemos sin comprobacion todos los rumores que circulan, creeríamos unas veces que la insurreccion habia terminado, mientras que otras debería suponerse que nos encontrábamos en plena guerra civil.

Las noticias se desfiguran al circular, y yo quiero sobre este punto ser muy prudente.

En cuanto á don Carlos, nada puedo añadir. El misterio continúa.

¿Dónde se encuentra el Pretendiente?

Sus partidarios aseguran que en España, mientras que los demás dicen saber positivamente que está en Francia con conocimiento y consentimiento de las autoridades francesas, que no sabemos por que no se atreven á internar al personaje cuyas pretensiones son causa de los sangrientos trastornos que deploremos.

A última hora se dice tambien que don Alfonso de Borbon fué gravemente herido en la accion de Oroquieta, y que ha muerto ó se encuentra en laagonia.

Motivos hay para creer que es cierto lo de la herida del hermano de don Carlos; pero no hay motivo bastante para afirmar que se ha perdido la esperanza de salvarle la vida.

El cabecilla Ulibarri está en un caserio, y el general Serrano le ha enviado toda clase de socorros, dando así una prueba de humanitarios sentimientos.

Esto es consolador, así como tambien los grandes servicios que están prestando los hermanos hospitalarios.

Los médicos del ejército merecen tambien especial mencion, y el gobierno no debe olvidarlos cuando se trate de recompensas.

Por aquí desean todos que termine la lucha, pues el verano se acerca y estas provincias perderán algunos millones si no acuden á sus deliciosas montañas las personas que otros años pasan aquí los rigores del estío.

La verdad es que la mayoría de las poblaciones se ha convencido de que necesitan tranquilidad, pues sólo así se desenvuelve su riqueza. Muchos se lamentan ya de las pérdidas que han de sufrir, y condenan esta insurreccion como hubieran condenado cualquier otra.

Pienso ir mañana á Durango, y á mi vuelta escribiré.

Entretanto se repite suyo afectisimo seguro servidor q. s. m. b.—G. Ponté y Gamcz.

Bilbao 20 de Mayo de 1872.

Debemos suponer que los que defienden la causa de don Carlos creen de buena fe que prestan un servicio á su patria, y si se equi-

Ocupado en el cultivo de su hacienda, que

Sorprendido por los dos el señor Ramos, fué presentado al Domínguez, que le encerró en una cueva. Los dos raptos regresaron á

Alaurin para percibir del Guerrero la cantidad ofrecida; pero este, bajo mil pretextos y excusas, se negó á pagarles, por lo que decidieron volver á casa del Dominguez, como lo verificaron, con el objeto de poner en libertad al cautivo, ya que el Guerrero no les habia cumplido su palabra.

Al enterarse Dominguez de todo esto, continuaban diciendo en su denuncia los dos presidiarios, —les aconsejó que debían asesinar al cautivo, pues de no hacerlo así los delataría y todos irían á la cárcel. Para persuadirles á cometer este delito, les manifestó que el obligaría á su amigo Guerrero á que les cumpliera su palabra, y que si Guerrero no les daba los cuatro mil reales, él mismo se los entregaría.

Seducidos por tales razones, dieron muerte á don Francisco Ramos, y colocando su cadáver sobre una bestia, lo llevaron á enterrar al sitio nombrado Las Canteras, distante de la casa del Dominguez como un tiro de fusil y frente por frente al castillo del Marques, que está lindando con la carretera de Velez á Málaga.

En vista de estos datos y de tal declaración, Francisco Dominguez, como debe suponerse, fué preso, así como el Guerrero, y el sumario que comenzó á formarse se unió á las diligencias practicadas en averiguación de la desaparición del vecino de Alaurin.

Dos años duró este proceso, en el cual se practicaron cuantas diligencias fueron posibles para descubrir la verdad, entre ellas el reconocimiento, repetido por tres veces, del sitio en que se suponía enterrado el señor Ramos, sin que se encontrase en él el menor vestigio del cadáver.

Por último, después de mil exhortos, declaraciones, careos, reconocimientos, etcétera, etc., el juez de primera instancia dictó sentencia absolviendo al Francisco Dominguez Santamaria y demás acusados, absolución que confirmó la Audiencia en todas sus partes con fecha del 12 al 15 de Junio.

Esta absolución demuestra á nuestro juicio la inocencia de las personas acusadas por la delación de Juan Tibela y su compañero de presidio, delación que, como ya hemos manifestado, se atribuyó de público á los dos hermanos Pardo, aunque nosotros no aceptamos por completo esta versión por no hallarla justificada en ningún folio del expediente.

Ahora, concediendo por un momento que fuesen los hermanos Pardo los promotores de tan fea intriga, debemos decir que no consiguieron su objeto más que á medias, pues Francisco Dominguez, seguro de su inocencia, no tuvo otro disgusto que los reducidos gastos que le ocasionó el proceso.

XI

Ahora nos permitirán nuestros lectores que demos por terminados los antecedentes que nos habíamos propuesto dar á conocer de todos los personajes que figuran en este célebre proceso. Con lo dicho basta, á nuestro entender, para que se comprenda todo lo que tenemos que decir y para que los lectores no empiecen á oscurecer la lectura de los asesinatos é incendios cometidos en Almayatebajo por los dos hermanos Pardo. De esta manera saben ya la posición respectiva de cada uno de ellos en cuanto al Dominguez; conocen sus caracteres, no ignoran el origen y lo infundado de su odio, y podrán mejor apreciar de esta manera los incidentes y el desenlace de esta terrible á la par que dolorosa causa.

La complicación de este proceso, la extensión que para referirle, tal como es en sí, tenemos que darle, disculpa á nuestro modo de ver esta especie de prólogo, pues nos evitará interrumpir la narración para dar explicaciones acerca de los antecedentes de nuestros personajes.

Ahora ya podemos entrar en él de una

manera decidida y seguir paso á paso sus incidentes, su acción y su desenlace, triste y terrible desenlace, que deja en el corazón una pesadumbre angustiosa, aunque no es más que la consecuencia lógica y precisa del drama sangriento cuyo prólogo acabamos de leer.

Dicho esto, comenzamos.

XII

La sed de venganza que se habia apoderado de José y Felipe Pardo Martin, ayudada ciertamente por la violencia de sus caracteres, los trastornó de una manera tan completa, que reduciendo su vida á este único desecho, sólo anhelaban cumplir su condena para poder realizarlo.

La fortuna les fué en este particular tan favorable, que consiguieron por indultos y gracias salir del presidio de Cartagena á los diez años de estar en él, en vez de los veinte á que habian sido condenados por la muerte del guarda José Igualada; y no satisfechos de tan buena ventura, apenas llegaron á Almayate empezaron á decir que iban á vengarse de un modo terrible de todos sus enemigos, pues tenían voluntad para conseguirlo y corazón para realizarlo.

Estas amenazas, propaladas de una manera tan atrevida, tenían entre otros el inconveniente de ponerlos en evidencia, y de que cualquiera desgracia que sobreviniese á sus enemigos iban á ser acusados de ella.

La ira, sin embargo, no raciocina y la venganza es ciega.

Pocos dias después de haber llegado á Almayate se personaron con el alcalde Juan Muñoz, que era una de las personas á quienes aborrecían, para suplicarle, según dice la voz pública, que hablara al Francisco Dominguez á fin de que les devolviera la hacienda que el Antonio Felipe habia perdido; y aunque Juan Muñoz ofreció cumplir con aquel encargo, el resultado fué negativo, como no podía ménos de serlo. Francisco Dominguez habia adquirido legalmente aquella hacienda, y no tenía motivo alguno para cederla tan generosamente á su antiguo propietario.

Esto acabó de exasperarles, y aumentaron sus amenazas jurando vengarse de un modo terrible, no solamente de Dominguez, sino de todas las personas que habian declarado en contra de ellos en la causa que se les habia seguido por el asesinato de Igualada.

El día 26 de Abril, Francisco Lara Palomo se quejó al alcalde Muñoz de que José Pardo habia ido á su casa, y sacándole de ella con engaños habia pretendido asesinarle. Queremos suponer que no existió tal tentativa de homicidio; que Lara Palomo se sobrecogió y dió ya por hecho, al ver á José Pardo, que sus intenciones eran las de asesinarle; pero ¿quién sino los dos hermanos tenían la culpa de que se les creyese capaz de todo? ¿Quién sino ellos mismos con sus imprudentes amenazas se colocaban en tan mala posición?

Esto era en la noche del 26; y en la del 27, una mano oculta prendió fuego á la casa de Palomo, fuego que no pudo apagarse sin causar grandes daños, y que pudo también haber producido muchas desgracias.

(Se continuará.)

SECCION FESTIVA.

Han de llamar la atención de nuestros lectores las siguientes noticias llegadas de China:

La emperatriz viuda, que ejerce hoy la regencia, acaba de promulgar tres decretos: el primero anuncia la elección que ha hecho de la nueva emperatriz, esposa de su hijo; el segundo nombra las otras tres damas suplementarias, que constituirán el harem del joven soberano, y por el tercero se pide á los astrónomos fijen un bello día en Octubre

próximo para la celebración del enlace. En Octubre cumple el emperador los diez y siete años, contando, como es costumbre en China, los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre, siendo esta la edad fijada para su mayoría y para su matrimonio. La esposa elegida por la emperatriz, y segun su decreto designada por el cielo, se llama Alusé, nieta de un gran ministro, de origen mongol, y conocido por su aversión á los extranjeros.

—Procesado, ¿conoce usted á Maria Gonzalez?

—No, señor usía.

—¿Pues no es su esposa de usted?

—Sí señor.

—¿Y cómo dice que no la conoce?

—¡Ay, señor juez de mi alma! á las mujeres no las conoce nadie. ¿Cree usía que si yo la conociera me hubiera casado con ella?

A cercóse un torero á una tienda cuyos escaparates estaban vacíos, diciendo con tono socarrón á un hombre que representaba al dueño:

—¿Qué se vende, camará?

—Cabezas de burro,—contestó el comerciante amostazado.

—Compare,—replicó el diestro,—mucho espacho ha tenido usted por lo visto, porque no le ha quedao más que la suya.

Espirando estaba un soldado en el hospital, cuando acertó á pasar un enfermero por su lado; llamóle por señas, y le dijo:

—Mira, me siento muy mal; cuando muera vete á casa de mi novia y dale la noticia, que quiero saber si llora.

Lamentándose un propietario de una hermosa quinta de recreo de la soledad en que vivía, decía de este modo:

—Tengo en ella un jardín delicioso, pero es tal mi desgracia que ni un solo pájaro quiere venir á él. ¿Que haría yo?

—Una cosa muy sencilla,—le contestó uno de sus oyentes:—tienda usted lazos y verá como los pájaros acuden á ellos. Lo sé por experiencia:

Yo me hallaba un dia solo en una especie de desierto por donde no pasaba alma viviente, y fastidiándome como un turco, me ocurrió una idea: abrí la maleta, saqué de ella un recuerdo de mis amores.... unos pendientes y un collar, los suspendí en una rama de fresno, y al dia siguiente.... me encontré dos mujeres al pie del árbol.

Monsieur de Paris.—Así se denomina al verdugo de la capital de Francia, que se apellida Heindreich.

Si hoy lo citamos es porque los periódicos han anunciado su muerte.

Era un hombre de lo ménos seis piés de estatura y de fuerzas poco comunes.

Vestía siempre con mucho esmero; era un perfecto gentleman, dice el colega de donde tomamos estos apuntes. Usaba siempre muy cortado su cabello blanco, patillas cortas, y cuidadosamente afeitado el bigote y la barba. Sus ojos eran gris claro.

Su vida íntima era muy poco conocida. Era tan común el *faút* que pocos se atrevían á interrogarle.

Se mostraba muy sereno ántes de la ejecución, y cuando ocurría alguna pasaba una gran parte de la noche en la Roquette.

Sus ayudantes decían que disfrutaba un sueldo igual al de un consejero del tribunal de Paris, doce mil francos. Habitaba en el boulevard Beaumarchais, en la misma casa que Laferriere.

La última ejecución que hizo fué la de Troppmann, que se resistió y tuvo que forcejar un poco con el para colocarlo en la plancha fatal. El público dijo que le habia mordido en un dedo, pero no fué cierto. Al bajar las escaleras del tablado Heindreich, dijo:

—Ese muchacho ha hecho ademan de querer resistir.

Después de cada ejecución tomaba un baño para calmarse.

Usaba siempre corbata blanca.

Heindreich comenzó su oficio á los diez y seis años en el presidio de Tolon. Su padre fue también verdugo.

Era soltero.

Hace unos diez años, cuando el último Sanson se retiró de la escena, Heindreich fue llamado de Rouen, donde ejercía, á Paris.

Después del 4 de Setiembre era el único ejecutor de las altas obras de Francia que permanecía en sus funciones; los demás fueron suprimidos.

Hoy no existe ningún verdugo en Francia.

Fui el otro día á visitar á un amigo y le encontré con un periódico en la mano y llorando como un niño.

—¿Por qué lloras?—le pregunté.

—¿Por qué lloro! Porque acabo de leer que se va á acuñar la moneda con la figura del rey á caballo.

—¿Y por eso te afliges!

—Pues no he de afligirme! Si cuando iba á pie no he podido alcanzar una, ahora que irá á caballo, ¿qué será de mí?

—Maestro, milagro será que me caiga la lotería, decía un oficial de zapatero sin dejar su trabajo.

Repitió diez veces la misma exclamación, hasta que al fin le preguntó el maestro:

—¿Qué número has jugado?

—Yo? ninguno.

—Pues entonces, ¿cómo quieres que te caiga?

—Pues por eso digo que será un milagro.

—¿Cómo se llama usted?—preguntaba un secretario de ayuntamiento á un mozo que había caído soldado.

—Yo? Pedro Rey.

—¿Y su padre de usted?

—Francisco Rey.

—¿Y su madre?

—Mi madre? Qué sé yo.

—¿Cómo! ¿Ignora usted el nombre de su madre?

—Pues ya lo creo.... si mi madre murió muchísimo antes de que yo naciera.

—¿Qué hace usted todo el día en su asiento?—preguntaron á un joven empleado.

—Ya lo ve usted, esperando que den las cinco.

—Sepa usted que mi niña se ha educado en las Salesas.

—¿Antes de lo del monaguillo?

—Chico, ¿qué somos hoy?

—Hoy? Dos perdidos como ayer.

—Hombre, si yo pregunto por el día de la semana.

—Ya me chocaba, porque lo otro lo mismo lo sabes tú que yo.

Un muchacho se puso un día ante su maestro con los brazos cruzados, lo que en lenguaje escolar quiere decir: ¿Me permite usted salir?

—No,—dijo el maestro.

Pero el chico se hizo el sordo y volvió á cruzarse de brazos.

—Que no, he dicho,—replicó el maestro con cólera.

Sin embargo, el chico salió y estuvo fuera una hora.

—¿De dónde vienes, galopin?—le dijo el domine.

—De la calle.

—Pues qué, ¿no te he dicho que no salieras?

—Si señor, dos veces: y como usted dice que dos negaciones afirman, me fui á paseo.

Presentóse un joven ante un tribunal para ser examinado en varias ciencias pte-

cientes á su carrera, y entre las distintas contestaciones que dió á las diferentes preguntas que le fueron hechas, conservamos las siguientes por su rara originalidad y porque prueban la agudeza de su ingenio.

—¿Que es colocacion?

—Colocacion es la cena que dan en las casas de huéspedes.

—¿Qué es ética ó filosofía moral?

—Ética es una enfermedad que se agarra á los huesos, y el demonio que la arranque.

—¿Qué gases conoce usted?

—Varios; pero el que más me gusta es el gas-parko.

—¿Cuál es el cuerpo reconocido como más poroso?

—La estera.

—Hable usted de las conquistas del rey don Rodrigo.

—De tales conquistas no reconozco nada más que la de la Cava.

—¿Se mueve la Tierra?

—¡Vaya, y con mucho garbo!

—¿Quién la imprime el movimiento?

—La gente.

—¿Y de noche cuando todos duermen?

—Los serenos.

—¿Cómo adquiere el tacto el ciego?

—Rompiéndose la crisma.

Dos jóvenes están parados en la calle y sostienen una acalorada disputa; al llegar á su mayor grado de exaltacion se acerca á ellos una anciana, que bolsa en mano dice á uno de ellos:

—Señorito, para una misa á Santa Rita.

—Tome usted,—dice el joven echando una moneda en la bolsa.

—¿Y usted, señorito,—dice la anciana al otro joven,—qué echa?

—¿Que qué echo? ¿No lo está usted viendo? *chispas*.

SONETO.

Bella como la luz de blanca luna

Adoré á una mujer; ella en mi vida

Brilló cual brilla de su luz herida

El astro de la noche en la laguna.

La amé cual nunca adoraré á ninguna,

Que ella era sólo mi ilusión querida,

Y en inmenso cariño enbebecida

El alma se embriagaba en su fortuna,

En su sonrisa angelical, divina,

En su semblante puro y hechicero

¿Quién un placer celestial no adivina?

Pues á ella, el ángel de mi amor primero,

Me la encontré una vez en la cocina

Echando las patatas al puchero.

Luis XIV, en su juventud, consagraba la mayor parte de sus momentos de ocio á componer música y poesía de su cosecha; pero sólo Dios sabe qué clase de música y poesía era aquella.

Una circunstancia bastante singular le hizo renunciar de repente á sus pretensiones de poeta y músico.

Cierto día, el duque de Montansier, ese cortesano austero de quien tan magnífica apología hizo Boileau, salió de la cámara de su majestad después de una discusión de las más graves é interesantes, cuando el rey, deteniéndole, le dijo:

—Señor duque, sé que reunis á un sano y elevado criterio mucho gusto é inteligencia. Cualquiera que sea la materia de que se trate, desde lo más serio hasta lo más fútil, está uno seguro de encontrar en vos un ilustrado apreciador y un excelente juez; por lo tanto, escuchad una nueva canción, sobre la cual desearia me dierais vuestra opinion.

—Vuestra majestad me honra demasiado; mas juzgo que sería mucho mejor el que se dignara consultarlo con Mr. Juinault ó con Mr. de Benserade.

—Nada de eso, señor duque; tengo interés en saber cómo opináis vos y deseo lo expreséis con toda franqueza.

—Sire, estoy dispuesto á escuchar.

Después de estos reciprocos cumplidos, el rey se puso á cantar sobre uno de los aires más conocidos y vulgares de aquella época, una de las canciones más chabacanas que se han compuesto desde el origen de la lengua francesa; luego dirigiéndose al duque de Montansier:

—¿Y bien! caballero, ¿qué os parece?

—Me parece que vuestra majestad es demasiado bueno ocupándose de una rapsodia inventada por un cancionero de baja estofa...

—¿Conque, según eso, la encontráis mala?—replicó Luis XIV poniéndose rojo y pálido á la vez.

—Sire, en mi concepto, es detestable.

—¿Y si yo os dijera, señor duque,—añadió el rey esforzándose en dominar su emocion;—si os dijera, repito, que la obra de que habláis con tanto desden tiene por autor al rey de Francia?

—Diré al rey de Francia que me ha exigido que le hable con franqueza y que he obedecido.

Luis XIV reflexionó un instante, y luego, alargándole la mano al duque de Montansier, que la llevó á sus labios, le dijo:

—Teneis razon, caballero: ahora me felicito de haberos consultado. Mi canción verdaderamente es estúpida; mas podeis estar bien seguro de que no volveré á componer otra.

Y el rey cumplió su palabra.

Habiendo ido á confesarse un gitano, le preguntó el cura:

—¿Qué sabe usted de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo?

—Padre mío,—replicó el gitano asustado,—es la primera noticia que tengo de la muerte de ese sujeto.

—Pues váyase usted de aquí,—le dijo el confesor muy incomodado.

No esperó el gitano á que le repitiese la orden y se apresuró á salir del templo. A los pocos pasos se encuentra á un compañero suyo, y le dice:

—¿Adónde vas, Juanillo?

—A confesarme,—contestó el interpelado.

—Pues compadre, mucho ojo, que andan averiguando sobre la muerte de un hombre

Un prestidigitador daba una funcion en un teatro de segundo orden.

—¿Quién tiene un reloj?—dijo el artista dirigiéndose al público.

Momento de pausa.

Una voz: ¿Es lo mismo una papeleta?

Hallábase un lugareño de huésped en casa de un madrileño, el cual para obsequiarle le llevó una tarde de Jueves Santo á las tinieblas. El buen lugareño jamás había tenido noticias ni sabía que eran tinieblas. Una vez en la iglesia, y visto la impaciencia del huésped y el no poco miedo que tenía, le dijo su compañero que no tardarian en llegar las tinieblas. Efectivamente, al poco rato, cuando hubieron apagado la última vela, empezó el ruido que generalmente hay en tales casos; entonces el paleta, dando dos pasos hacia atras y terciándose la capa, dijo con voz cavernosa:

—Al primer tiniebla que pase lo divido.

—¿Qué elegante va Rosalia! ¿Quién la vestirá ahora?

—Quien la desnuda, su doncella.

En un exámen de mecánica:

—¿Qué aparato conoce usted como más usado para la medida de granos?

—El cebada-metro.

—Tome usted algo de la primera parte y sirvase usted hacer su descripcion.

El examinando comprendió la pulla y contestó:

—Es una palabra compuesta de cebada, semilla barba conocida para ustódes, y metro, que en griego significa medida; de consiguiente....

—¡Basta! ¡basta! Puede usted retirarse.

El alcalde de un pueblo, que lo había sido ya diferentes veces en años anteriores, decía muy orondo al secretario la víspera del día del Señor:

—Hombre, ¿sabe usted lo que he reparado? que todos los años que me toca ser alcalde cae el Corpus Christi en jueves, lo que no deja de ser una cosa bien rara.

Habiendo muerto en la corte y sido allí enterrado el alcalde de un pueblo, que por su paternal gobierno se había captado el aprecio de sus subordinados, propuso el sucesor, y acordó el ayuntamiento, costearle un sepulcro en el cementerio de la población, en el cual se colocó una lápida con la siguiente inscripción:

«Aquí yace el benéfico alcalde don Fulano de Tal, que murió y se halla enterrado en Madrid.»

A resultas de la refriega que habían tenido los nacionales de un pueblo con una partida de latrofaciosos, lograron matar tres, poniendo a los demás en fuga; y en el oficio que el alcalde dirigió al capitán general dándole parte de la ocurrencia, concluía diciendo:

Ahi remito a vuecencia los tres muertos con sus correspondientes cadáveres, esperando se sirva acusarme el recibo.

Preguntó un facultativo, á quien llamaron para curar á un labriego que había dado una gran caída de la caballería en que cabalgaba, y se había magullado los hombros y la espalda:

—¿Dónde recibió usted el golpe, buen amigo, en la dorsal ó en los omoplatos?

—No señor,—contestó éste,—que fué en mitad del puente de Segovia.

Pepito, regáleme usted su retrato.

—Con toda mi alma, y hasta el original si usted gusta, Laurita.

—No, gracias; con el retrato me conformo. Llega el retrato.

—Oiga usted,—dice al portero Laurita,—cuelgue usted eso en su cuarto, y cuando se presente el original diga usted siempre que hemos salido.

En la cárcel de cierto pueblo había dos tunos presos por robo, á quienes el juez del distrito fué á tomar declaración en un mismo día. Los dos nenes estaban colocados en calabozos contiguos, en cuya pared medianera existía una puerta carcomida, que por varias grietas permitía ver y oír lo que pasaba del uno al otro departamento. Llegado que hubo el juez al primer ladrón, acusado de haber robado una yegua, preguntó:

—¿Dónde has comprado la caballería que te se ha cogido?

—En ninguna parte.

—¿Pues de dónde procede? ¿Quién te la ha dado?

—Nadie. La he criado yo desde que era potranca.

Y no hubo quien le sacara de aquí.

TIPOS DEL RASTRO.



El que busca gangas y el que las encuentra.

Pasó el juez al segundo preso, que había escuchado palabra por palabra la declaración de su cofrade.

—Te se acusa,—le dijo,—del robo de una escopeta, cuya arma se halló en tu domicilio: ¿qué tienes que alegar en contrario?

—Que es una calumnia, señor juez.

—Bien, pruébanos á quien se la compraste.

—¿A quién se la había de comprar? A nadie.

—¿Cómo es eso?

—¡Toma! Siendo; como que la he criado yo desde que era pistola.

—Señor don Juan, días pasados puse en el balcón de mi casa un cajón lleno de tierra, y en él varias semillas de flores, y las regaba todos los días con mucha agua. ¿A que no sabe usted lo que salió?

—Hombre, saldrían flores.

—¡Qué! ¿No señor! Salíó de la celaduría inmediata una salvaguardia que me impuso una multa.

Un médico encabezó de la manera siguiente una cuenta para una viuda:

«Por curar al esposo de la señora H.... hasta que murió....»

Por los años de 18... hacían los nacionales de cierto batallón la elección de comandante; y habiendo votado el capitán por un sujeto que agradaba al que le seguía, dijo al ser preguntado por quien votaba:

—Yo idem.

Oyólo un majadero que estaba despues, y sin enterarse de lo que aquella palabra significaba, dijo á su vez:

—Y yo idem,—saliéndose en seguida.

Y habiendo encontrado en la puerta á un amigo suyo que entraba, y que le preguntó á quien estaban votando, le contestó:

—A idem.

—¿Y quien es ese señor,—dijo el otro,—porque yo no le he oido mentar en mi vida.

—Ni yo tampoco,—repuso el primero;—pero como á ese le dió su voto el capitán y otro amigo, yo digo que deberá ser una persona regular, y por eso le di también el mío.

Decía un cierto patán, muy incómodo porque no le entendía por más voces que le daba un pobre francés que ignoraba el idioma español:

—Qué bárbaros son estos franchutes; vea usted, no entender el castellano, cuando es una lengua tan clara que la saben hasta los chiquillos.

Una niña de diez y siete abriles escribía á una amiga suya lo siguiente:

«Le vi, me vió; me amó, le amé; suspiré, me tomó la mano, me tomó un beso, me tomó una cita para las once de la noche en mi casa, me tomó los cubiertos de plata de mi padre, y por fin tomó la puerta.»

—¿Conque va usted á poner escuela?—decía una joven á una tia suya;—pues le aseguro á usted que antes de meterme á enseñar á chiquillos preferiría casarme con un viudo con nueve hijos.

—Yo también,—repuso la tia; pero dónde está ese viudo?

CHARADA.

Mi primera es.... no lo digo, pues dicho queda y ya basta. Mi segunda y mi tercera abunda en Prusia y en Francia; es terror de los que intentan armar alguna asonada, y es elemento preciso para defender la patria. Y mi cuarta es la segunda de una cosa que machaca mi mujer todos los días cuando quiere hacer la salsa. Y el todo limpia y es sucio, necesario en toda casa, e indigno de ser tocado por las manos de una dama.

Solucion á la charada del número anterior.
FRAGATA.

Por todo lo no firmado,
TORCUATO TARRAGO Y MATOS.

Siendo este Semanario propiedad exclusiva de la Casa editorial de D. Jerón Gracia, se prohíbe su reproducción y traducción en todo ó en parte, para lo cual queda hecho el depósito que marca la ley.